

LA CAIDA DEL DIOS URDUNG

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

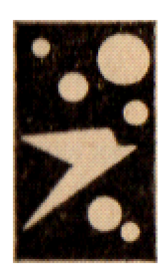

LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

RALPH BARBY

LA CAIDA DEL DIOS URDUNG

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 713
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 24.600 - 1984

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición en España: junio, 1984
1ª edición en América: noviembre, 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1984

CAPITULO PRIMERO

Raig tomó con su diestra la gran copa de chispeante cristal llena de cóctel de cometas. El líquido burbujeaba como si estuviera hirviendo y desprendía un gas anaranjado. Se la llevó a los labios y bebió.

Suspiró. Era muy agradable volver a beber un cóctel de cometas.

Una mujer de elevada estatura anduvo hacia él. Llevaba una capa hasta los pies, de color rojo oscuro, provista de amplia capucha con la cual se cubría la cabeza. Asimismo ocultaba gran parte del rostro con unas enormes gafas cuya montura parecía formada por estrellas de fulgurantes y brillantes rayos que subían por su frente y descendían por los pómulos, por lo que resultaba imposible definir el rostro que había tras aquellas gafas que en sí mismas eran una máscara completa.

Raig hizo a un lado la copa y se quedó mirando a la espectacular mujer.

—Tú eres Maragda, ¿verdad? —le dijo en tono de pregunta, mirando los cristales verdes de las extrañas gafas.

—Sí, soy Maragda. No creo que nos hayamos visto antes.

—No, cierto. He viajado por gran parte de la galaxia y nunca te había visto antes personalmente, pero sabía de ti e incluso te había visto en un video-láser, no sé cuándo ni en qué lugar.

—Tengo mi propia cosmonave y viajo por la galaxia.

—Lo sé, y por lo visto tú me conoces a mí también.

—Sí, eres Raig, el terrícola.

—El mismo.

—Sé también que tu cosmonave fue destruida en un combate con unos piratas siderales.

—Así fue. Me salvé gracias a una minilanzadera de salvamento, pero en aquel combate perdí mi cosmonave y lo más importante, a mis amigos.

—¿Y qué fue de los piratas siderales? —preguntó aquella enigmática mujer que parecía la emperatriz de alguna desconocida civilización planetaria.

—Me gustaría volver a encontrar algún día a esas cosmonaves piratas, que eran tres. Me cogieron con fuego graneado saliendo traicioneramente por detrás de un gran planeta; pero, vale más olvidarlo, ya no tengo cosmonave ni posibilidades de conseguir otra.

—¿Vas a regresar a tu planeta la Tierra?

—Está demasiado lejos para mí.

—¿Y qué haces en este planeta Frontier, un planeta en el que

pulular aventureros de todas las especies?
—No lo sé aún, simplemente sobrevivir. Me contrataré con alguien que necesite mis servicios y esperaré que algún día pase por este planeta...
—¿Blue John?
Raig sonrió. Achicó sus ojos color cobre tratando de leer en los de la mujer, pero aquellos malditos cristales verdes le impedían vérselos con nitidez. Era como observarlos a través de una bruma verdosa.
Intuía que debían de ser unos ojos fascinantes pero también peligrosos. Eran los ojos de una civilización planetaria desconocida para el aventurero terrícola.
—¿Sabías que el pirata sideral que me atacó era Blue John?
—Sí, me he informado bien.
—¿Antes de venir a verme?
—Exacto, terrícola —asintió Maragda con una voz que sonaba cálida, pero no era titubeante.
—¿Por qué me has buscado, Maragda?
—Me has dicho que necesitas trabajo, ¿no?
—Hasta cierto punto.
—¿No te enrolarías en cualquier cosmonave que te propusiera trabajo?
—Por supuesto que no.
Ella hizo desaparecer sus manos, protegidas con guantes de escamillas de plata, y entre sus dedos refulgió una gran esmeralda, tallada de tal forma que parecía una cosmonave en miniatura.
—¿Te gusta, Raig?
—Preciosa.
El terrícola tomó la gema entre sus dedos y sus intensas irisaciones le deslumbraron. La movió bajo la luz de los focos psicodélicos láser, y la reverberación de la singular gema se hizo irresistible a los ojos.
—Podrás colgarla de tu cuello si vienes conmigo —dijo Maragda en un tono de voz que trataba de ser convincente.
—¿Adónde?
—Será un viaje largo, un viaje sin retorno, quizá.
—Eso no es lo que más me preocupa —declaró Raig, sosteniendo la extraordinaria esmeralda entre sus dedos. Sentía atracción por la gema, una atracción como la que sentía hacia la excepcional mujer que era Maragda—. Cada vez que se emprende un viaje por entre las estrellas, se corre el riesgo de no regresar jamás. Las posibilidades de desintegración, de convertirse en plasma cósmico, siempre son grandes. Los viajes interestelares no están hechos para cobardes.
—Tengo una misión que llevar a cabo.
—¿Tú?
—Sí, yo, Maragda, la perseguida, la odiada, la deseada, espíritu de

cometas y esteroides errantes, amiga de los magos siderales.

—¿Y cuál es esa misión?

—No puedo hablarte de ella ahora, pero sí puedo decirte que si consigo mi objetivo, te daré tu peso en gemas y mil veces tu peso en los metales preciosos que elijas.

—¿Mi peso en piedras preciosas y mil veces mi peso en metales preciosos que yo escoja? —repitió, atónito.

—Esa es mi oferta.

—Con lo que me ofreces, podría comprarme una nueva cosmonave y volvería a ser un cosmonauta aventurero pero autónomo.

Del interior de su manto Maragda sacó una cadena de oro blanco compuesta por gruesos eslabones. Colgaba de ella un medallón de oro, con la misma figura de la gran esmeralda.

Pasó el collar por la cabeza del terrícola, y cuando aquella figura de oro cayó sobre el tórax masculino, ella le tomó la esmeralda de los dedos y la ocultó dentro de tal figura, era en realidad una cápsula o funda para la esmeralda.

—No la pierdas, terrícola. Te protegerá, pero no trates de venderla porque te costaría la vida.

Maragda se levantó de la butaca, Raig la admiró, le pareció más esbelta, más enigmática, más dominante con aquella capa de color rojo oscuro que ocultaba su cuerpo.

Deseó preguntarle dónde podría volver a verla, pero no lo hizo; sintió la presión de aquella mirada que traspasaba los cristales verdes y tuvo la certeza de que cuando llegara el momento, la encontraría.

Cuando ella se alejaba entre los focos láser psicodélicos, un ente desconocido que ocultaba su cabeza dentro de un yelmo de acero, gritó:

—¡Maragda, no te muevas!

De inmediato, aparecieron dos tipos más que se parecían al primero como una gota de agua a otra. Los tres iban armados con abultadas pistolas polielectrónicas.

El terrícola llevó su mano al arma que colgaba de su cinturón. Sólo la empuñó, no llegó a desenfundarla.

—¡ Aaaaaaiiiiiii...!

La voz de Maragda brotó larga, acuchillante. Extendió sus manos calzadas con guantes de escantillas de plata y los tres seres que ocultaban su cabeza bajo el yelmo de acero, quedaron quietos como estatuas, dominados por la energía que semejaba emanar de las puntas de los dedos femeninos.

Creció la expectación entre los concurrentes al club de ocio, quienes pudieron darse cuenta del poder de Maragda. Allí, cada cual se ocupaba de sí mismo, pues no había más ley que la que uno pudiera imponer con sus armas o las de sus amigos o conchabados.

Del centro de los cristales verdes de las gafas máscara brotaron unos rayos, verdes también, que cruzaron el local por más de veinte pasos y alcanzaron a los tres seres que cubrían su cabeza con yelmo de acero y visera oscura que impedían ver su rostro.

Se produjo una convulsión en los tres cuerpos, que cayeron al suelo y se abrieron por sus coyunturas, escapando por ellas un leve humo propio de mecanismos carbonizados.

—Androides —gruñó Raig al darse cuenta de que los tres entes terminaban rompiéndose, mostrando el interior de su cuerpo repleto de complicados mecanismos y millares de chips silíceos.

Cuando desvió su mirada hacia la impresionante y enigmática Maragda, ésta ya desaparecía a lo lejos, envuelta en su capa de color rojo oscuro.

Tomó la cápsula de oro que contenía la impresionante esmeralda con forma de cosmonave y la sopesó en su mano, pensativo.

«Si voy con ella, puedo acabar mal, todo parece una trampa; pero si no voy, ¿qué me queda?», pensó.

Vació en su boca el resto del cóctel cometa y dejó caer una moneda de oro sobre la mesa. Decidió su destino abandonando el club.

CAPITULO II

El viejo Foll manipulaba las herramientas. Un cristal grueso le separaba de la mesa de experimentación bioelectrónica en la que solía trabajar. Las manos mecánicas que él movía a través de unos mandos colocaban y quitaban piezas.

El viejo Foll era un mutante nacido en cuarta generación de emigrantes terrícolas. Había desarrollado una considerable altura y resultaba extremadamente delgado. Sus cabellos albinos eran largos y caían sobre su espalda.

Lloraba y reía sin apenas transición; el viejo Foll era sumamente emotivo.

—¡Viejo Foll!

Riéndose con una carcajada sonora y aguda, se volvió. Su piel roja quedó a la vista del recién llegado a aquel taller de experimentación bioelectrónica.

—¡Raig!

—Hola, viejo Foll. ¿Cómo está el Galactic-kart?

El interpelado volvió a reírse.

—Me falta muy poco para terminarlo. Todo esto que ves al otro lado del cristal va incorporado a tu Galactic kart.

Raig se acercó al cristal y observó aquella maraña de módulos con complicados circuitos, microsemiconductores, chips de silíceo, cápsulas biónicas con nervios tentaculares que parecían neuronas gigantes escapadas de algún extraño cerebro humano nacido en no se sabía qué enigmático planeta.

—Pero, ¿qué es todo esto?

—¿No me pediste el mejor Galactic kart que pudiera fabricarse?

—Sí.

—Pues, lo vas a tener. Es diez veces más pequeño que la más pequeña de las cosmonaves monoplaza de combate, pero será más efectivo que cualquiera de ellas: claro está que el radio de acción no es lo que yo desearía que fuera.

—¿Qué radio de acción tiene?

Foll se rió de nuevo, encogiéndose de hombros.

—En cuanto a distancia, depende de a qué velocidad viajes.

—¿No hay problema de combustible?

—Ninguno, tienes cartucho de núcleo energético para largo tiempo.

—Entonces, ¿qué limita el radio de acción?

—El oxígeno que tú respires.

—¿Cuánto tiempo me puede dar de vida el oxígeno almacenado?

—Una hora.

—¿Sólo?

—Sí, una hora. Tienes media hora para ir y otra media para volver, salvo que cargues con botellas accesorias de aire a presión.

—¿No hay lugar para llevar carga?

—No, aunque tú podrás vestir el traje de cosmonauta si lo deseas. He equipado el Galactic-kart con un cañón de dardos suprafotónicos de grueso calibre: eso sí consume energía, pero tiene su propio cartucho de alimentación.

—Bien, tengo prisa.

—Pronto podrás llevártelo, si das tiempo para las pruebas.

—No hay tiempo para pruebas —le replicó Raig.

—En ese caso, si te desintegras, será tu problema y no el mío.

—Si me desintegro, no me voy a enterar, así es que no temas, viejo Foll, no vendré a pedirte explicaciones.

—Vamos a ver —farfulló el viejo Foll.

Tecleó en su panel de mandos y aparecieron dos robots que tenían muy poco de androides. Pasaron al otro lado del cristal por una puerta lateral y tomaron con sus manos de tenazas todo aquel complejo electrobiónico diseñado y construido por el viejo científico mutante de cuarta generación de emigrantes terrícolas. Cargados con él, se alejaron.

El viejo Foll y Raig les siguieron a otra sala, y allí estaba la pequeña cosmonave, con el fuselaje abierto. Era de color rojo fuego. Una cubierta de Steel-glass, totalmente transparente, protegía la pequeña carlinga en la que había una butaca para su tripulante. Este quedaría completamente encajado allí dentro, y no había sitio para más, tal como le advirtiera el viejo científico.

Los robots metieron en el morro del aparato todo aquel complejo bioelectrónico y cerraron después.

Aquella cosmonave tenía forma alargada; parecía un misil de combate. Unas pequeñas alas formaban el timón de popa para maniobrar dentro de la atmósfera que podía envolver a algunos planetas, y del fuselaje sólo sobresalía aquella cubierta de una sola pieza de Steel-glass transparente.

—Voy a tener que meterme ahí dentro con calzador.

—Si no lo quieres, déjalo —objetó el viejo Foll.

—No, no tengo otra cosa.

El viejo científico se fijó entonces en el colgante de la cadena de oro que se pegaba al pecho del terrícola.

—Eso es la cosmonave Espuma —comentó.

—Pues sí —asintió Raig.

—Este Galactic-kart tiene algo especial, aparte de lo que ya estás viendo.

—¿Sí? ¿Y qué es?

—Por lejos que estés, con el telecomunicador conseguirás una clave que te pondrá en comunicación directa conmigo. Puedes utilizarla si te ves ante un problema que te parezca irresoluble. Yo tengo aquí grandes medios para resolver los problemas más difíciles y extraños y si tú me pides ayuda, yo te la prestaré… dentro de mis medios, claro.

Raig sabía de la ciencia de aquel mutante, ciencia que las instituciones oficiales de la Confederación Terrícola no habían sabido utilizar. Le pareció bien aquel ofrecimiento que podía serle útil en un momento de apuro; por ello preguntó;

—¿Y con qué clave me comunico contigo?

—Ah, eso tendrás que averiguarlo tú. No querrás que te lo dé todo hecho. —Y se puso a reír sonoramente.

El viejo Foll le había planteado una especie de acertijo. Estaba algo loco, no cabía duda. Pasar tanto tiempo en soledad, rodeado de sus robots y conversando únicamente con sus computadoras, le habían llevado a una extraña locura en la que participaba su senilidad y también su mutabilidad.

—Si quieres que juguemos, jugaremos.

Raig miró dentro del habitáculo y allí tenía su fusil Poliva, un arma muy efectiva de alcance medio. Se volvió de nuevo hacia el viejo loco para preguntarle:

—¿Qué sabes de la Espuma? —Y alzó entre sus dedos la cápsula de oro que encerraba la valiosa esmeralda.

—Por lo que sé, es una magnífica cosmonave de ilimitado radio de acción, si es que se puede emplear la palabra «ilimitado».

—¿Y qué sabes de Maragda?

El viejo Foll puso sus ojos casi en blanco, miró hacia el techo del hangar y la voz salió grave de su garganta.

—Maragda es la sublime emperatriz de las estrellas. Existe la leyenda de que es la más hermosa de las mujeres de esta galaxia y que ningún ente humano varón podría resistir con templar su belleza.

—¿Tan hermosa es?

—Dicen que ninguna otra mujer en la galaxia se le puede igualar, pero también es altiva y despiadada.

—¿Y qué es lo que hace en la galaxia esa extraña mujer?

—Nadie lo sabe, supongo que vivir, simplemente.

—¿Y desde cuándo vive?

—No se sabe a ciencia cierta. Hay quien opina que es inmortal.… pero eso será una especie de leyenda sobre Maragda. En torno a los misterios indescifrables siempre se tejen leyendas, y nunca se sabe dónde termina la verdad y comienza la fantasía. Maragda es importante. Algunos quieren ser sus amigos, pero ella es esquiva. Lo

que sí tiene son enemigos.

—¿Quiénes son sus enemigos?

—Los piratas siderales, todos.

—¿Lleva algún fabuloso tesoro en su cosmonave Espuma?

—Se supone que sí, aunque nadie puede decir que lo haya visto. Hay otros enemigos, seres con bajo coeficiente de inteligencia, que la codician, la desean.

—Pero está claro que ella sabe defenderse.

—Así debe de ser cuando sobrevive.

—Una última pregunta, viejo Foll.

—Adelante con ella.

—¿Desde cuándo se tiene noticia de la existencia de la cosmonave Espuma?

Con sus ojos casi glaucos, el viejo Foll miró los ojos color cobre del terrícola.

—Mis datos sobre Maragda son de que existía en la galaxia muchas generaciones antes de que yo naciera, muchas generaciones antes de que comenzaran las mutaciones entre los descendientes de los emigrantes espaciales terrícolas.

—Pero, todo eso es leyenda, no habrá datos ciertos.

—Es posible, pero yo creo en ella, y creo también que Espuma es una cosmonave indestructible. También se dice que puede haber saltado a otras galaxias y cruzado sus espacios siderales. Si alguien sabe del gran cosmos como de la palma de su mano, ese alguien es Maragda.

—Pues me ha pedido que me reúna con ella en su cosmonave Espuma.

—¿Te ha dicho para qué te quiere?

—No.

—Ten cuidado, no vayas a caer bajo el influjo de su poder.

—Sé cuidarme. Foll.

—Eso espero. No cometas el error de pensar que Maragda es igual a otras mujeres, ella es diferente. No hay quien se le parezca en civilización planetaria alguna.

—Eso ya lo sé, viejo Foll. Ah, y gracias por construirme este Galactic kart, ya te lo pagaré.

—Estoy seguro, pero no te preocupes demasiado, tú me sirves como piloto de pruebas. —Y volvió a reír sonoramente.

La carlinga se cerró herméticamente. Raig se enfrentó con los mandos de aquella pequeña cosmonave monoplaza.

El Galactic emitió luz blanca por la tobera de popa y comenzó a avanzar hacia una rampa ascendente por la que se deslizó, saliendo por el techo.

Se elevó en el aire y no tardó en volar sobre la metrópoli de aquel

planeta Frontier.

Pudo ver los millares de luces que salían de las viejas cosmonaves convertidas en habitáculos, de los vehículos que se desplazaban de un lugar a otro, de los grandes letreros luminosos de los clubs de ocio que servían de reclamo a los aventureros.

El terrícola Raig conocía bien aquella metrópoli en la que llevaba un tiempo tras la batalla librada con el pirata Blue John.

Abrió la telecomunicación y llamó:

—Atención, atención, llamando a Espuma. Aquí Raig, el terrícola...

La aludida cosmonave se hallaba en una planicie al otro lado de las montañas de origen volcánico que casi cercaban la metrópoli. Y resultaba fácilmente distinguible; bastaba con mirar el colgante de la cadena que llevaba Raig para identificarla.

No era habitual que cosmonaves de gran tamaño como aquélla llegaran a posarse sobre la superficie de un planeta, debido al alto consumo de energía para su despegue y escape de la gravedad planetaria.

La campana de protección de Espuma se abrió para dejar paso a la diminuta aeronave, que se deslizó por encima de una plataforma voladiza para penetrar en un hangar. Las compuertas se cerraron tras ella.

Raig pudo ver allí varias cosmonaves del tipo lanzadera, y entre ellas dos de no mucha capacidad y aspecto de naves de combate. Ambas resultaban distintas entre sí; una era brillante, casi rutilante, y la otra, negra como la oscuridad de un agujero negro devorador de fotones. Incluso, su estructura exterior era muy distinta.

La nave del terrícola Raig resultaba muy pequeña al lado de aquellas otras cosmonaves.

Cuando salía de la angosta cabina de su kart, aparecieron cuatro mujeres que utilizaban el mismo tipo de gafas máscara que Maragda, ocultando gran parte de su rostro. Sus ojos se parapetaban tras los cristales verdosos, aunque había algo que los diferenciaba de los cristales que llevaban las gafas-máscara que usaba Maragda.

Las mujeres que recibieron a Raig llevaban capas también, pero eran capas cortas y de color anaranjado. Dejaban entrever gran parte de su cuerpo, que resultaba muy armonioso y elástico.

Unos pantaloncitos que parecían hechos de escamas de oro y unos pectorales que se pegaban a sus carnes como una segunda piel, las hacían aún más atractivas. Su cintura quedaban ceñida por amplio cinturón de! que pendían pistolas de defensa que disparaban supraláser.

—Síguenos, terrícola.

Raig miró su fusil polielectrónico y optó por dejarlo dentro de su kart. No había que temer nada de las subordinadas de Maragda, a las

cuales siguió.

La cosmonave era grande y su interior podía calificarse de magnífico. Todo parecía funcionar a la perfección.

Un elevador les condujo al nivel cinco.

En una sala elíptica, donde las paredes eran oscuras y el suelo parecía iluminado como si de él salieran los fotones, encontró a Maragda y a otros seres.

Maragda se hallaba sentada en una especie de amplio trono de cantos redondeados. Tras ella había una pared de cristal en arco que era un maravilloso acuario.

Pudo ver también a Shadowman, un ente humano híbrido y de una eficacia combativa de la que se había hablado mucho. Además de las piernas, tenía cuatro brazos. Vestía como guerrero espacial y se decía de él que era indestructible.

No muy lejos se hallaba Phasis rodeado de siete robots enanos que más que androides eran canoides, pues parecían perros, aunque estaban lejos de actuar como tales. Phasis era algo delgado y su estatura quedaba realzada al hallarse entre sus robots enanos de los que siempre iba acompañado y que le servían para combatir a los que él consideraba sus enemigos. Lo mismo Shadowman que Phasis y sus robots enanos eran muy distintos a Raig el terrícola.

—Bien venido a la Espuma, terrícola —le saludó Maragda.

—Me pediste que viniera y aquí estoy.

—Ellos serán tus compañeros.

—¿Shadowman y Phasis?

—Sí. ¿Les conocías?

—Personalmente, no, pero había oído hablar de ellos —respondió Raig mirando a aquellos dos guerreros natos.

—Yo también he oído hablar de ti, terrícola —dijo Shadowman moviendo sus cuatro manos al hablar.

—Y yo —admitió a su vez el alto y delgado Phasis.

Sus siete robots enanos se pusieron en movimiento, desplazándose a su alrededor como si Phasis fuera su eje gravitatorio en torno al cual podían moverse.

—¿En qué podemos ser compañeros? —preguntó Raig a Maragda.

—Ya os lo contaré con detalle cuando estemos llegando a nuestro destino.

—¿Y cuándo despegaremos? —inquirió Phasis.

—Ya hemos despegado de este planeta —les comunicó Maragda.

Raig se sorprendió de lo que acababa de oír, pues la cosmonave no parecía tener la más leve vibración ni oscilación.

Detrás de Maragda, en el gran acuario, se movían peces de brillantes colores. Por el fondo avanzaban crustáceos que semejaban hechos con metales preciosos por sus reverberaciones metálicas.

Había también pequeños cefalópodos y, entre las plantas subacuáticas, Raig pudo ver lo que le parecieron diminutas sirenas.

Unas planchas protectoras que cubrían el techo se desplazaron dejando al descubierto la bóveda celeste protegida por un cristal grueso e irrompible.

La cosmonave hizo una maniobra alejándose de la órbita del planeta Frontier, y Raig pudo distinguirlo en su azulada redondez.

No cabía duda ya de que se desplazaban por el espacio en dirección a no sabían qué sistemas estelares, puesto que Maragda aún no les había anunciado su destino y mucho menos, su objetivo.

—He buscado a los mejores guerreros y os he encontrado a vosotros.

Raig quiso hacer una puntualización.

—Yo no soy un guerrero.

—Los terrícolas sois belicosos por naturaleza. En la evolución de vuestra civilización habéis estado siempre peleando entre vosotros mismos. Eso ya os condiciona por nacimiento, convirtiéndoos en guerreros natos.

—No soy un guerrero —insistió Raig—, En la Confederación Terrícola tenemos una milicia espacial importante y suficiente para evitar cualquier invasión alienígena. Yo sólo soy un aventurero, un independiente del espacio; no me enrolo como ellos. —Señaló a Shadowman y a Phasis—. A ellos no les importa contra quién luchar mientras cobren lo que se les prometa. Son mercenarios a sueldo; en cambio, yo sólo soy un aventurero que busca fortuna, cierto, pero no tengo deseos de atacar a ningún ser de la galaxia porque otro me pague por hacerlo, aunque ese otro sea la mismísima Maragda.

—¿Has terminado de hablar, terrícola?

—Si me pides algo que atente contra seres que yo considere que no merece ninguna clase de ataque, no atenderé tus peticiones.

—Yo sí —afirmó Phasis—. Sabes de mi poder, de mi combatividad. Si el precio que ofreces es bueno, te traeré la cabeza que pidas, aunque sea la del terrícola.

—Si alguna vez tratas de entregar mi cabeza a alguien, hazlo por sorpresa, pues de lo contrario no creo que consigas tus pretensiones.

—Yo sirvo a quien paga mis servicios —insistió Phasis.

—Cierto, y luego, si puedes, le atacas para robarle también —replicó Raig.

—Basta —exigió Maragda—. No entréis en disputa entre vosotros, dentro de poco tiempo os daré explicaciones de lo que deseo y podéis quedar tranquilos porque os pagaré generosamente vuestros servicios. Podéis desplazaros por la cosmonave como queráis, pero respetad las puertas que encontréis cerradas. Cualquier intento de sabotaje será castigado severamente. No voy a pretender someteros, no es ése mi

objetivo; sólo deseo vuestra participación, y tampoco voy a consentir que tratéis de influir en mí ni a ninguna de mis compañeras que forman la tripulación de esta cosmonave. Os pagaré bien, ya os lo he dicho, pero deberéis respetar todas las normas que rigen a bordo.

—¿Y cuáles son esas normas? —preguntó Raig.

—Las puertas cerradas son inviolables para vosotros. En ningún momento emplearéis vuestras armas a bordo de la Espuma. Ninguna de mis compañeras será atacada, sino tratada con el respeto que merece, y acataréis las indicaciones que se os vayan dando a través de la megafonía audible en todos los ámbitos. Si avanzáis por algún lugar que se considere reservado a la tripulación, una voz os advertirá que no debéis seguir por ese camino. Ahora, os parecerá que todas mis palabras establecen muchas limitaciones, pero en la convivencia os daréis cuenta de que no son tantas, salvo que vuestras intenciones sean traicioneras.

—Por mi parte, no habrá problema —declaró Raig—, aunque manifiesto mi curiosidad por conocer esta cosmonave y su funcionamiento. Tengo noticias de que es una muy antigua, que cruza los espacios interestelares desde hace mucho tiempo, más tiempo que ninguna otra.

—La evaluación del tiempo es subjetiva —respondió la arrogante Maragda.

Los tres personajes, tan distintos entre sí, vieron cómo la singular mujer abandonaba su trono y se alejaba por una puerta lateral.

Quedaron mirándose entre sí frente al gran acuario, dentro del cual unas diminutas sirenas les observaban con atención.

CAPITULO III

Cuando Raig, el terrícola, se personó en el hangar, encontró allí a Shadowman y a Phasis; éste se hallaba sin la compañía de sus siete robots enanos.

Ambos luchadores del espacio observaban con atención el Galactic kart del terrícola y al darse cuenta de la presencia de éste, fue Shadowman el que comenzó a reír sonoramente.

—¿Qué te ocurre. Shadowman? ¿Algo te hace gracia?

El mercenario espacial movió sus cuatro manos para seña lar el pequeño kart. Sin dejar de reír, preguntó:

—¿Esto es tuyo?

—Parece que sí.

—Con este cacharrito no puedes llegar a ninguna parte: no se le puede calificar ni de cosmonave utilitaria.

Con su voz gorgoteante. Phasis preguntó:

—¿Has combatido alguna vez con esta minúscula nave?

—Todavía no —admitió Raig.

—El día que entres en combate con ese chisme, alguien te va a dar un puntapié y desaparecerás.

—Espero que seas tú quien intente darme esa patada, Shadowman.

—Cuando terminemos este encargo de Maragda, si quieres medir tus fuerzas conmigo, será un placer para mí darte esa ocasión.

Raig dio por no oídas las palabras del belicoso y pendenciero Shadowman. No cabía duda de que era un humano dispuesto a pelear siempre y parecía muy seguro de su fuerza, de sus armas y de su astucia para la lucha, quizá porque hasta entonces nunca había sido derrotado en pelea alguna.

Phasis era igualmente peligroso pero más cauto al hablar. No fanfarroneaba como lo hacía Shadowman constante mente.

—¿Es cierto que el pirata Blue John te venció? —le preguntó a Raig.

—Antes tenía otra nave. Blue John apareció de improviso con varias cosmonaves y me atacó. Yo pude salvarme, pero perdí a mis amigos y al vehículo.

—¿Lo ves, terrícola? Tú no eres invencible —siguió riéndose Shadowman.

—Blue John también es terrícola —puntualizó Raig.

—Sí, algún día me encontraré con sus cosmonaves, las desintegraré y me darán una buena recompensa por ello. ¿Sabías que ofrecen recompensa en tres planetas distintos por la cabeza de ese pirata?

—Lo sé —admitió Raig.

—¿Ibas a por la recompensa? —quiso saber Phasis.

—No soy un cazador de recompensas sideral —replicó Raig.

—Claro que no —dijo Shadowman—. No tienes siquiera una aeronave aceptable, porque con ese cacharrín no llegarás muy lejos.

Raig bufó; ya estaba harto de tanto sarcasmo por parte de Shadowman. Aquel tipo corpulento tenía una boca muy grande y dientes pequeños en forma de doble sierra. Era capaz de cortar la madera e incluso algunos metales blandos si los mordía.

—Esta diminuta cosmonave es un modelo de pruebas secreto —explicó—. Es un vehículo espacial construido en plan experimental. No hay otro igual ni siquiera parecido, y puede deparar muchas sorpresas a quien piense que es fácilmente vencible.

—¿De veras? ¿Y qué tiene de particular? —preguntó Shadowman acercándose a la carlinga de cristal de una sola pieza.

—No te voy a decir lo que tiene de especial sobre otras cosmonaves, además de su reducido tamaño.

—¿Qué empresa la ha construido? —preguntó Phasis.

—Es prototipo experimental, y ya he dicho que es secreto. No os voy a dar ningún dato referente a ella.

—He tratado a otros terrícolas como tú; incluso una vez estuve con ese Blue John en el planeta Frontier Black que, por cierto, no me pareció tan bueno como se dice, y aprendí de vosotros que utilizáis una palabra de difícil traducción a otras lenguas de la galaxia.

—¿Cuál?

A la pregunta de Raig. Shadowman respondió:

—Un farol.

—Ya. Eso significa dar a entender que tienes mucho, cuando en realidad no tienes nada; con ese fingimiento tratas de amenazar y hacer retroceder a tu adversario.

—Exacto —asintió Shadowman—. Eso es un farol y tú te estás dando un farol ahora con este minúsculo cacharrito.

—Cuando llegue el momento de la verdad, ya veremos si es un farol o no.

—De todos modos, terrícola —comenzó a decir Phasis—, habrás de admitir que con esta minúscula nave no llegarás muy lejos. No puedes llevar alimentos, tanques de agua, oxígeno, ni los cartuchos de energía pueden ser tan grandes. Tampoco puedes llevar piezas de repuesto por si tienes avería.

—Esta cosmonave no ha sido diseñada para grandes viajes ni para grandes combates, pero es rápida y de gran operatividad, y es lo que yo necesito por ahora.

—Escapaste a Blue John —dijo Shadowman—, pero él te estará buscando. Yo, que le conozco, sé que no deja supervivientes en

ninguno de sus ataques y él sabrá que tú escapaste.

—Sí, claro que lo sabe.

— Pues cuando sepa que estás de viaje por el espacio, te buscará para destruirte.

Phasis añadió:

—Si ese pirata sideral te descubre y tú vas en esta minúscula nave, te desintegrará.

—A mí me gustaría encontrar a Blue John y ya veríamos si me desintegraba.

—No me gustaría que Blue John te encontrase —dijo Shadowman.

—No puedo creerte.

—De veras —insistió Shadowman—. El placer de desintegrarte lo quiero para mí.

Era inútil preguntar a Shadowman el porqué de aquella animosidad contra el terrícola. Resultaba evidente que pretendía ser el mejor de todos los luchadores de la galaxia, y le preocupaba la presencia de Raig al que, desde el primer momento consideraba su adversario; también odiaba a Phasis, pero para él también llegaría su momento.

Raig se parecía demasiado a Maragda morfológicamente, salvando las lógicas diferencias por ser él un varón y ella hembra. Este parecido físico haría que Maragda se inclinara más por Raig que hacia Shadowman, que poseía dos pares de brazos y si se ponía inclinado, tenía cierta semejanza con un insecto gigante.

—Es posible que Blue John ya sepa que viaja aquí, terrícola —dijo Phasis con su voz gorgoteante.

—¿Por qué?

—Porque Shadowman lo ha dicho.

Raig miró a Shadowman y éste volvió a reír sonoramente.

—¿A quién se lo has dicho?

—A quien quiera oírlo.

El alto y delgado Phasis explicó:

—Con la telecomunicación abierta a multibanda, voceó que íbamos a viajar en la cosmonave Espuma los mejores luchadores de la galaxia. Citó mi nombre, el tuyo y el suyo propio.

—Vaya, es un honor que preferiría no tener —rezongó Raig.

—Así es que cuando regresemos, y lo haré yo solo, en todos los planetas Frontier se sabrá que el mejor de los tres soy yo —proclamó Shadowman—. Entonces, el que quiera contratarme para algún trabajo, deberá ofrecerme mucho para que yo le escuche.

Aquella discusión, propia de la rivalidad que había nacido entre ellos, quedó interrumpida por una voz femenina que surgió por los altavoces de megafonía general.

—Raig, Shadowman, Phasis, acudan al nivel cinco, acudan al nivel

cinco…

—Nos llaman —indicó Shadowman.

—Sí, vamos.

—Seguro que es Maragda que reclama nuestra presencia.

En voz baja. Phasis preguntó:

—¿Qué sucedería si nos apoderásemos de esta cosmonave con las mujeres incluidas?

—Que seríamos tan piratas como Blue John —replicó Raig.

Se adelantó a sus compañeros pensando que Maragda había cometido un error al confiar en aquellos dos aventureros de la lucha, del combate, que parecían carecer de conciencia y honestidad.

Si veían la posibilidad de hacerlo, la atacarían para despojarla de sus bienes y quién sabe si para venderla a ella misma y a las demás mujeres que componían la tripulación de la Espuma como esclavas en algún planeta perdido donde las diversiones escasearan.

CAPITULO IV

Maragda les esperaba junto a una mesa circular que no era tal mesa sino una pantalla tridimensional de unos dos metros de diámetro.

Estrellas vulgares, quásares, señalizaciones en intermitentes, puntos rojos que advertían de la existencia de peligrosísimos agujeros negros, estrellas binarias, enanas amarillas y gigantes rojas, mientras cometas luminosos cruzaban velozmente los espacios.

Maragda miró a los tres aventureros solitarios y, señalándoles el mapa tridimensional, manifestó:

—Este es el espacio cósmico que podemos ver por delante de nuestra proa.

Phasis se pegó al borde de la mesa pantalla.

—Lo conozco bien. Aquellas dos son las Hermanas de la Muerte —señaló dos estrellas enanas—. Aquél es el agujero que los terrícolas bautizaron como del Averno. En torno a aquella estrella roja gigante está el planeta Chombol, con vida propia aunque con escasa luz.

—Todo es cierto —admitió Maragda—, pero nosotros nos dirigimos mucho más allá.

Levantó su mano izquierda donde lucía un anillo en el que destacaba un gran brillante que, sorprendentemente, contenía un rubí, como si fuera una semilla. Movió el brillante con los dedos y los tres se sintieron ante la pantalla como si ésta adquiriera una velocidad vertiginosa, como si cruzaran entre las estrellas.

Mediante el extraño anillo. Maragda controlaba la pantalla haciendo avanzar su visión.

—Nuestro objetivo es el planeta Pirois que gira en torno a la estrella Nepheles; es una estrella de segundo grado, una estrella joven. El planeta Pirois posee cuatro grandes lunas, vedlo ahí.

Señaló un punto e, inmediatamente, apareció un círculo en rojo intermitente en torno al planeta para señalizarlo mejor.

—¿Alguno de vosotros conoce este planeta?

Los tres negaron con la cabeza. La mujer sonrió levemente.

—Lo comprendo. Está muy lejos de donde soléis moveros.

—¿Tan lejano está? —preguntó Raig.

—Sí, está casi en el eje de la espiral de la galaxia, demasiado lejos para vuestras cosmonaves. Incluso, la Espuma hará una escala técnica de reabastecimiento antes de llegar al planeta Pirois.

—¿Alimentos o energía? —quiso saber Phasis.

—Energía.

—¿Dónde haremos esa escala técnica? —inquirió Raig.

—En Medusa.

—He estado allá.

—¿De veras?

—Sí —asintió Raig.

—Pues ya sabes que en Medusa se puede repostar con distintos tipos de energía gracias a los medusinos que allí viven.

—Y qué distancia hay entre Medusa y ese planeta.... ¿cómo has dicho que se llama? —preguntó Phasis.

— Pirois.

—Eso es. Pirois. ¿Cuánta distancia hay?

—Demasiada para expresarla en cifras que fueran comprensibles para vosotros.

—¿Quieres decir que esta cosmonave puede llegar a donde otras no llegarían jamás?

—No digo que no pudieran llegar, pero tardarían demasiado tiempo y quizá ya no consiguieran regresar.

—Siempre se ha dicho que Maragda y las mujeres que la acompañan pertenecen a un planeta desconocido. ¿Podemos saber cuál es? —preguntó Phasis abiertamente.

—No estáis aquí para hacer preguntas ni yo para responderlas.

—¿Y qué es lo que hay que hacer en ese planeta llamado Pirois? —preguntó Shadowman.

—Una piedra que me pertenece está en ese planeta, una piedra que debéis recuperar para mí.

—¿Es tuya? —preguntó Raig.

—Sí, perteneció a mis antecesoras en el puesto que ocupo. Es mi obligación recuperarla y para ello estáis vosotros aquí.

—Esta cosmonave está armada, ¿verdad? —preguntó Raig.

—Sí, pero sólo para defensa, no para ataque. Como defensa es prácticamente invulnerable.

Phasis quiso puntualizar con su habitual gorgoteo:

—No hay nada indestructible.

—Cierto, yo me refería a un ataque normal. Tenemos sistemas de defensa efectivos, especialmente la campana invisible y armas disuasorias, pero ni yo ni las demás componentes de la tripulación somos luchadores de ataque.

—¿Todas sois mujeres? —interrogó Raig.

—No responderé a todas las preguntas —replicó ella.

—¿No podías haber enviado a una patrulla de tus mejores miembros de la tripulación, armándoles bien para ir a recuperar esa piedra de la que hablas? —preguntó Phasis.

—No os voy a engañar. Se enviaron dos expediciones; de eso ya hace tiempo, y de ellas no regresó ninguno de sus componentes. Fueron exterminados o capturados.

—En los planetas Frontier se pueden comprar buenas armas si se tiene con qué pagarlas.... y parece que a ti, Maragda, no te falta con qué pagar —observó Shadowman.

—Sí, pero no sirve poner buenas armas en manos de quienes no están preparados para utilizarlas. Para esta misión hacen falta seres que hayan nacido ya con el instinto de la lucha, que sepan reaccionar con rapidez, seres con reflejos nada comunes entre los demás seres de la galaxia.

—¿Y esos seres somos nosotros? —preguntó Phasis.

—Después de viajar mucho por los espacios interestelares, de preguntar por todas partes y pedir informaciones a los ordenadores de clasificación de los humanos, llegué a la conclusión de que vosotros erais los mejores, los más aptos para la lucha. A vosotros, Shadowman y Phasis, os pedí un encuentro en el planeta Frontier y a ti Raig, te encontré por verdadera casualidad.

—No debiste contratarlo —rezongó Shadowman, despreciativo—. Fue derrotado por Blue John. Era a ese pirata a quien debieras haber contratado, y no a Raig. Después de todo, Blue John también es terrícola y si lo que deseabas era tener a uno de esa especie, fanfarrón y arrogante, lo hubieras podido tener igual.

—Tengo mis motivos para escoger a los más valiosos y creí que Raig era bueno para esta misión.

—Gracias. En cuanto a ti. Shadowman, ya tengo ganas de verte en acción.

—No insistáis en discutir entre vosotros —pidió Maragda—. Ahora, los tres estáis encargados de rescatar la piedra que he de recuperar para la civilización Xiridiana.

—¿Vosotras sois hijas de Xiridiana? —preguntó Raig.

—Así es.

—¿Dónde está esa civilización? —inquirió Phasis.

—Eso es asunto nuestro y no vuestro —replicó Maragda, que seguía en su línea de no dar explicaciones excesivas a aquellos luchadores natos.

—Bien, pero hay un problema y grave —opinó Shadowman.

—¿Cuál?

Los ojos pasaron de Maragda a Shadowman. Este río levemente antes de decir;

—Los tres podemos ser excelentes luchadores, pero me temo que no somos buenos para trabajar en equipo.

—En equipo es como se consiguen los mejores resultados —opinó Phasis.

—Sí, pero cada uno de nosotros es muy distinto a los otros dos, no nos entenderíamos trabajando en equipo. Los tres tenemos iniciativa propia y ninguno hará nada por los otros dos. Cada uno es una

máquina de avance imparable.

—Eso ya lo he tenido en cuenta —advirtió Maragda, y prosiguió —: Cada uno de vosotros actuará libremente independiente de los otros dos. Llevará adelante su propia táctica para tratar de recuperar la piedra por sus propios medios sin contar con los demás.

—¿Y sólo será recompensado el que consiga la recuperación de la piedra? —preguntó Phasis.

—En principio seréis recompensados los tres por igual, hagáis lo que hagáis, con suerte o sin ella, pero el que consiga la piedra recibirá el doble de recompensa.

—Esa es una fórmula un poco peligrosa de contratar —opinó Phasis.

—Por mí, de acuerdo —admitió Raig—. Jamás conseguiría colaborar con ciertos seres que piensan de forma distinta a la mía, sin embargo, tengo algo que preguntar.

—Tú dirás, Raig.

—¿Quién retiene esa piedra que dices querer recuperar?

—Urdung.

—¿Quién es ese Urdung? —inquirió ahora Phasis.

—El dios del planeta Pirois. Es un dios muy cruel y todos los habitantes del planeta le temen y obedecen ciegamente.

—¿Es acaso una civilización avanzada? —preguntó Phasis.

—En algunos aspectos, no, y sí en otros. Digamos que no ha conseguido una evolución homogénea en todas las ciencias y tecnologías. En algunos aspectos, el pueblo de Pirois vive primitivamente; sin embargo, en otros está muy avanzado. Urdung sí tiene en su morada adelantos importantes; ninguna cosmonave o aeronave se le puede acercar sin peligro de ser destruida. No creáis que es fácil vencer a Urdung, como tampoco lo es recuperar la piedra que él guarda en las entrañas de su morada.

—¿Y por qué es tan importante esa piedra para que ese pseudodios Urdung la retenga oculta? —quiso saber Raig.

—Para él es muy importante, algún día os explicaré por qué. Esta reunión ha terminado; ya os he dicho lo que espero de vosotros. Podéis retiraros, y os aconsejo que reviséis hasta la última partícula de vuestras cosmonaves. No debéis fallar cuando entréis en acción. Urdung no perdona.

Dicho esto, les dejó en torno a la mesa en la que seguía viéndose el firmamento. El circulito rojo seguía con sus intermitencias, indicando el lugar donde debía encontrarse el planeta Pirois, un planeta que ninguno de ellos habría de olvidar jamás.

CAPITULO V

Por uno de los corredores, Raig siguió con la mirada a Maragda, que iba protegida por una escolta de mujeres armadas, mujeres que cubrían sus ojos y parte de su rostro con aquellas gafas-máscara. Sin embargo, Maragda destacaba por su arrogancia, por su altivez, por su forma de andar, por su capa de color rojo oscuro y por algo inexplicable que emanaba de su persona.

Llegaron a una puerta que se hallaba al final del corredor y dos de las vigilantes se quedaron custodiándola. Las otras cruzaron el umbral siguiendo a Maragda.

Para Raig, Maragda continuaba siendo un misterio, un enigma que quería descifrar. Si se hacía caso a lo que las leyendas contaban, Maragda debía de tener varias veces mil años en tiempo comparativo a lo que vivía un terrícola en su madre Tierra.

El tiempo no existía para Maragda, lo había dicho ella misma. ¿Cuál era el misterio que alargaba tanto la vida de Maragda? ¿Acaso había encontrado la fuente de la inmortalidad?

Pensó en la piedra que ella ansiaba recuperar y el pseudodios Urdung quería retener. ¿Sería aquella piedra la clave de la longevidad de Maragda?

Todo eran incógnitas.

Las medidas de la tecnología terrestre no servían para descifrar aquellos misterios que las hijas de la civilización xiridiana guardaban tan celosamente.

Raig quería saber más de Maragda. Aún no le había visto el rostro ni el cuerpo, casi siempre cubierto por aquella capa ancha y larga.

Se introdujo en un pequeño almacén.

Demostrando su astucia y su agudo instinto. Raig se había dado cuenta de que las canalizaciones de aireación, situadas a pocos centímetros del suelo, podían ser una buena red de comunicaciones.

Quitó la rejilla de protección de una de ellas, fundiendo con su pistola los tornillos, y se introdujo por el hueco circular y de poco más de sesenta centímetros de radio.

Era muy angosto para que alguien se filtrase por él y además, muy expuesto. Era como introducirse en una trampa, pero no renunció a reptar por aquel tubo.

Avanzó a oscuras. Encontró desvíos, pero su instinto le guió primero y luego, una extraña música, una música que no había oído jamás. Era algo irreal, como unos sonidos nacidos en la propia mente, producto de la estimulación con algún extraño alucinógeno.

Por una rejilla que quedaba delante de él, vio luz y reptó hasta ella

pegando los ojos al enrejado. A través de él pudo ver a Maragda, si es que la mujer que estaba viendo era ella efectivamente.

Era difícil creer lo que estaba viendo.

Había como un gran ojo centrado en el suelo de una amplia sala, y de él brotaron llamas que casi ascendían hasta el techo y se movían como feroces y devoradoras lenguas.

En el centro de la hoguera estaba Maragda; sí, era ella, aunque las llaman desfiguraban su silueta, no le cupo duda de que era ella.

Desnuda en medio de las llamas, envuelta por ellas, Maragda se movía en una extraña danza ceremonial, entre terrorífica y sensual. Su cuerpo desnudo ondulaba en medio de fuego; era como si las propias llamas la ayudaran a moverse.

Alzaba los brazos y sus pechos se erguían; eran pechos grandes y turgentes, puntiagudos. Los pezones se hallaban erectos y resultaban sorprendentemente largos en el centro de unas aréolas llenas de color y grandes como para llenar toda una boca. La cintura se estrechaba y las caderas tenían forma de ánfora, descendiendo en unos muslos largos y tersos. El vello era rojo brillante como el de sus cabellos; era fuego puro, como brasas encendidas sobre su pubis.

Raig tragó saliva.

No comprendía cómo no se consumía en medio de las llamas, no podía ser que no se carbonizase. Ella era una diosa dominando el fuego, quizá dejándose amar por las llamas que lamían toda su piel, hasta el último de sus pliegues.

No podía entenderlo con la mente de un simple terrícola. ¿Acaso aquel fuego tenía vida inteligente? Ella se había entregado al fuego que era el macho que la gozaba. Separaba las piernas, arqueaba su cuerpo, flexionaba las rodillas y su vientre palpitaba fuerte y lentamente mientras sus pezones apuntaban al techo y el largo cabello, que tampoco sé quemaba, caía hacia atrás, casi tocando el ojo que era la base, el suelo de donde surgían las llamas.

Las otras mujeres que habían entrado en la sala con ella permanecían en el suelo, arrodilladas e inclinadas hacia adelante como adorando algo.

La música se mezclaba con el rumor cambiante de las llamas que gozaban de aquel cuerpo rabiosamente sensual, enloquecedoramente atractivo.

Una oleada de extraños y cálidos perfumes envolvió a Raig y casi le aturdió como si fueran emanaciones de una poderosa droga. Su pecho se vaciaba e hinchaba lenta pero ostensiblemente; era como si precisara más aire para su respiración.

De pronto, ella lanzó un grito largo y agudo pero que tenía algo de musicalidad. No era un grito de angustia, era un grito que parecía querer decir algo, algo que Raig no entendía.

Las llamas comenzaron a bajar hasta desaparecer dentro de aquel ojo que era el suelo que pisaba Maragda, a la que por primera vez podía ver sin gafas-máscara, sin la capa cubriendo aquel cuerpo que ahora veía desnudo, un cuerpo tan hermoso que jamás había visto nada igual en mujer alguna, un cuerpo que ahora se hallaba como empapado en sudor, desde la frente a los pies.

Las mujeres que estaban con ella se apresuraron a envolverla con un manto y Raig tuvo la impresión de que Maragda le miraba al encararse con la rejilla.

Instintivamente, Raig se echó hacia atrás para no ser descubierto profanando aquella intimidad, aquella ceremonia que debía tener mucho de ritual religioso. Maragda había danzado en medio de las llamas sin quemarse.

Pudo verle los ojos, eran verdes.

La mujer se alejó de donde estaba. Raig quiso seguirla con la mirada y sólo alcanzó a ver una pared de oro llena de piedras preciosas engarzadas. Las gemas formaban extraños dibujos que él no entendía, pero en el centro había un hueco oval muy grande, como de un metro de altura, en el que sin duda alguna faltaba algo, quizá la piedra que Maragda pretendía recuperar.

Comenzó a retroceder ayudándose con los brazos y las rodillas. No podía darse la vuelta dentro del angosto tubo de aireación. Era ágil y se había visto en muchas situaciones difíciles, por lo que no tardó en lograr salir del tubo.

Al salir, cerró la rejilla y con la pistola puso unos cuantos puntos de soldadura al fundir los extremos. Salió al corredor y a lo lejos descubrió a Maragda, ya cubierta con sus gafas-máscara.

Junto a ella estaban las vigilantes armadas.

—¡Maragda!

Deteniéndose, ella se volvió a mirar al terrícola.

Raig aceleró el paso para acercársele.

—¿Qué quieres?

La miró y la recordó desnuda, envuelta en llamas, danzando sensualmente. Sintió que se le secaba de nuevo la garganta, que un cuchillo se le metía entre las cuerdas vocales, haciéndole daño.

—Quiero hablar contigo.

—¿De qué?

—Soy muy curioso —le dijo.

—Eso puede ser peligroso; es un defecto que soléis padecer los terrícolas.

—Es posible, pero la curiosidad es la base de la evolución tecnológica.

—¿De eso querías hablarme?

—¿Qué impide que hablemos a solas?

Ella quedó unos instantes pensativa, como para tomar una decisión. Al fin, dijo;

— Está bien. Vosotras id a control y tú, Raig, ven conmigo.

El hombre la siguió.

Se enfrentaron a una puerta cerrada que ella abrió simple mente haciendo un gesto con la mano en el aire. Pasaron a una sala desnuda de mobiliario; no había nada más que luz roja. Cruzaron por ella hasta llegar frente a otra puerta también cerrada.

—¿Qué es esta sala? —preguntó Raig.

—Una sala de antisepsia, según vuestra tecnología.

—¿Antisepsia?

—Sí. Cualquier bacteria, virus o ser microscópico nocivo que podamos llevar en nuestras ropas o cuerpos, aquí queda eliminado.

—¿Y nuestras células no corren peligro?

—No, las radiaciones están bien calculadas. Sígueme.

Abrió la otra puerta y fue grande la sorpresa de Raig, porque le pareció que entraba en el más maravilloso jardín que pudiera encontrarse en el planeta Tierra.

Había vegetación abundante, senderos enarenados, incluso árboles que llegaban a un techo azul que cualquiera hubiera dicho que era el cielo que podía verse desde cualquier lugar del planeta Tierra. Llegaron hasta la orilla de un lago que parecía totalmente natural. Resultaba difícil suponer que era una creación artificial.

Maragda se sentó sobre una piedra plana junto al agua. Alargando su mano, la agitó mientras Raig la observaba. Al punto, aparecieron las diminutas sirenas hasta cogerse de los dedos de Maragda.

Ella rió, jugando como una criatura. Tomó en su palma a una de las sirenitas y se la mostró al terrícola.

—¿Las habías visto antes en alguna parte?

—Sí.

—¿Dónde?

—En tu acuario.

Maragda sonrió antes de preguntar:

—¿Te refieres al acuario que has visto detrás de mi trono?

—Sí.

—Este lago es el acuario que tú has visto.

—¿Debajo de este jardín está el salón donde nos recibiste?

—Sí. Una de las paredes de contención de este lago es de cristal y es el acuario que tú viste.

—Magnífico. ¿De dónde sacasteis estas sirenas?

— De un lejano planeta donde no había civilización humana.

Raig acercó su dedo índice a la sirena que se hallaba como recostada en la mojada palma de la mano de Maragda. La sirenita le cogió el dedo con sus manos, sin llegar a abarcarlo entre ambas. Ni

siquiera con sus desnudos brazos con seguía rodearlo.

—Son juguetonas, pero no tienen inteligencia como nosotros.

—¿No son inteligentes?

—Sí, pero no en el grado necesario para llegar a una evolución cultural y tecnológica rápida. Quizá dentro de miles de años lo consigan; pero son muy simpáticas y juguetonas y, además, cantan.

—¿De veras?

—Sí, ya oirás.

Maragda pasó la yema de su dedo por la espalda de la sirenita, como acariciándola. Repitió aquella acción en varias ocasiones, hasta que la sirenita de largos cabellos rubios comenzó a cantar. Raig apenas la oía, y Maragda alzó su mano y se la acercó al oído. La sirenita cantó melodiosamente a la oreja del terrícola.

Maragda observaba a Raig mientras aquel ser de gran hermosura, mitad pez mitad mamífero, le cantaba al oído. Raig se relajó, y cuando la sirenita dejó de cantar. Maragda la depositó de nuevo en las aguas para que se reuniera con las otras que poblaban el lago.

—Ha sido una experiencia muy agradable.

—Son maravillosas. Muchas veces vengo a que canten en mi oído; me gusta más oírlas así que grabar sus cantos y luego amplificar, aunque lo he hecho.

—¿Y cómo se reproducen? —preguntó, curioso.

—Son hermafroditas.

—¿Hermafroditas?

—Sí, ellas se engendran a sí mismas. Poseen los dos órganos sexuales, aunque parezcan sólo femeninas. En determinadas ocasiones, cuando realizan el ritual de la procreación, sueltan su propio esperma que no llega a salir de su cuerpo y este esperma envuelve la ovulación ya dispuesta dentro de sus propios órganos sexuales. Cuando pasa cierto tiempo, paren a otras minúsculas sirenitas que maman de sus pechos.

—Maravilloso. ¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, pregunto si tú también eres hermafrodita.

Maragda siguió mirándole a través de los cristales verdes de sus amplísimas gafas-máscara.

—¿Qué importaría si lo fuera?

—Pero ¿lo eres? —insistió.

—Tu curiosidad es malsana, terrícola. Conozco tus debilidades.

¿Y cuáles son?

—Los terrícolas conserváis vuestros instintos animales.

—Todos los entes humanos orgánicos somos animales, inteligentes y evolucionados, pero animales al fin. No somos androides que viven gracias a una batería nuclear. Necesitamos comer, dormir, amar. Tú

eres también un animal, Maragda, una bellísima hembra que cualquier varón como yo puede desear.

—¿Eso era lo que querías decirme a solas? —le preguntó con tono de reproche.

Raig alargó su mano y agitó el agua. Aparecieron las sirenitas acudiendo a aquel reclamo como si fueran carpines en cualquier lago del planeta Tierra.

—No me avergüenzo de sentirme atraído hacia ti.

—Me advirtieron que no debía traer a un terrícola a bordo de la Espuma, pero creí que era un exceso de precaución.

—¿Quién te lo previno?

—El procesador central de la cosmonave. Tiene los datos necesarios para catalogar a cada especie. Me advirtió que erais demasiado esclavos de vuestros instintos y pasiones animales.

—Dicho así, resulta que soy casi una bestia, pero no es cierto. ¿Cómo os reproducís vosotras?

—No tengo por qué darte tanta información, terrícola.

—Ya, mantienes precauciones. Supongo que ésa será la razón de que viváis tanto tiempo. Por cierto, ¿cuántos año tienes tú?

—Ya te dije que mi edad no era expresable en vuestra medida de tiempo.

—Es que pareces una mujer joven.

En aquellos momentos, Maragda no parecía la misma mujer que él viera danzando voluptuosamente en medio del fuego, sin quemarse.

—Yo me siento atraído hacia ti, Maragda, pero no temas, no soy ningún salvaje por civilizar. Tengo mis sentimientos, mis instintos animales como tú dices, pero también sé sujetarlos con el poder de mi mente. No obstante, en alguna otra ocasión volveré a hablarte de ello, salvo que haya alguna poderosa razón que lo impida.

—Entre tú y yo, terrícola, no debe existir ninguna relación sentimental ni física. Tú estás aquí para llevar a cabo una misión por la que te recompensaré generosamente.

—Si es que salimos vivos de ella.

—Hay riesgo de muerte, no cabe duda, ya os lo advertí. Si tienes miedo a morir, aún puedes desembarcar en el planeta Medusa.

—Si desembarcara en Medusa, no sería por miedo a morir, sino por temor a no poder contener mis sentimientos hacia ti.

—Terrícola, yo no he hecho nada, nada para estimular tus instintos de varón.

—¿Tú crees?

—Si vas a traicionar la confianza que he depositado en ti, sí será mejor que desembarques en el planeta Medusa al que pronto arribaremos.

Raig, que sentía unos feroces deseos de quitarle las gafas-máscara

y aquella capa roja con la que ocultaba su cuerpo, se contuvo y desvió la conversación.

—¿Por qué querían atacarte los androides en el club donde nos conocimos?

—Bah, hay varios seres en la galaxia que desean capturarme como si fuera una presa codiciable. En cierto modo, no están lejos de tus intenciones, sólo que ellos tratan de emplear la fuerza y envían androides para ver si logran capturarme. Ahora, Raig, creo que ya hemos hablado demasiado. Estas conversaciones íntimas no deben repetirse, has de entenderlo.

Raig lo admitió y abandonaron el espléndido jardín.

Cruzaron por la estancia de la antisepsia y pasaron luego al corredor, Maragda desapareció en un ascensor descendente y al dejar de verla, Raig sintió algo como un extraño dolor dentro de sí. Para dominarlo, cerró el puño y golpeó la pared hasta que la sangre brotó de sus nudillos.

CAPITULO VI

Durante el tiempo que tardaron en entrar en la órbita del planeta Medusa. Raig no volvió a ver a Maragda, ni siquiera en aquella extraña sala de rituales donde ella era capaz de danzar en medio del fuego.

Shadowman seguía provocativo e impertinente, y Phasis a la defensiva. A éste no le abandonaban sus siete robots, y el terrícola se había convencido de que aquellos enanos eran peligrosos.

—¡Raig!

Vio a Shadowman en la puerta de su cosmonave. Se le veía excitado y hasta podía decirse que contento.

—¿Qué pasa? —preguntó el terrícola, que estaba molesto por la actitud de Maragda.

—¡Blue John!

—¿Blue John, el pirata espacial?

—Sí.

—¿Qué pasa con él?

—Está aquí, en la luna Dos de Medusa.

—¿Seguro?

—Tan seguro como que he hablado con él.

—¿Tú?

—Sí. Le he dicho que estás aquí y que quieres vengarte por lo que te hizo. ¿He hecho mal en decírselo? —Se carcajeó sonoramente mientras agitaba sus cuatro manos en expresión de alegría.

En su opinión, al terrícola sólo le quedaban dos soluciones: Morir o quedar como un cobarde ante los ojos de Maragda.

—No has hecho mal, Shadowman.

Decidido. Raig se dirigió hacia su minúsculo Galactic kart.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Phasis, apareciendo rodeado de sus bulliciosos robots enanos.

—Voy a dar una vuelta con mi pequeña cosmonave.

—¿Estás loco? He oído a Shadowman y sé que Blue John te espera.

—Sí, pero esta vez no me cogerá a traición.

—Tu nave es insignificante y ese pirata sideral posee una excelente cosmonave de combate.

—¿Una o tres? —rezongó Shadowman, sarcástico.

—Es una pero son tres. A mí ya no puede sorprenderme, le conozco bien.

—Claro que debes de conocerlo, es un terrícola como tú —le dijo Shadowman.

Raig no quiso oír más sarcasmos y provocaciones de Shadowman. Se introdujo en su minúscula cosmonave y cerró la cubierta de cristal transparente. Se enfrentó a los mandos que tenía frente a sí; era como montar a horcajadas sobre un misil.

—Atención, control, aquí Raig. Atención, control, aquí Raig.

En la pequeña pantalla apareció la figura de Maragda, siempre oculto su rostro tras las gafas-máscara que tenían poder de destrucción.

—Raig, ¿qué es lo que te propones?

—Salir a dar una vuelta. Si no muevo mi Galactic-kart, se va a enmohecer. Voy a pasar a la salida de despresurización; haz que se abran las compuertas.

—Raig, estoy enterada de que en luna Dos está el pirata sideral Blue John.

—Sí, parece que Shadowman ha ido dando datos para que ese pirata pudiera encontrarme. No me quejo; él destruyó mi cosmonave y mató a mis amigos. Algún día tenía que encontrarme cara a cara con él en el espacio.

—No puedes enfrentarte a él.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Blue John posee una cosmonave de combate muy utilizada de armamento. Quédate aquí dentro; colocaré la campana de protección y no podrá hacernos ningún daño.

—¿Me estás pidiendo que me quede aquí dentro, como protegido dentro de una bolsa fetal? No. Maragda, me pediste que te siguiera para entrar en un combate contra Urdung del planeta Pirois. Si crees que Blue John puede vencerme, será mejor que dejes que me extermine y lo contratas a él.

—Eso, nunca.

—¿Por qué él no y yo sí?

—Porque de Blue John no puedo fiarme, me traicionaría. Es un pirata, un depredador del espacio, un ser en el que no se puede confiar. Si lograra recuperar la piedra, no me la entregaría. Ahora, dejémonos de estupideces, Raig. Tú eres inteligente y un buen luchador, pero estás en inferioridad de condiciones frente a él.

Raig tuvo la impresión de que oía las risas de Shadowman.

—Abre el portalón, Maragda, voy a salir.

—¿Y si te lo impido?

—Te advierto que llevo a bordo un cañón de gran eficacia. Si no abres las compuertas, lo haré yo a cañonazos.

—Está bien, terrícola. Si has decidido morir, yo no puedo torcer tu voluntad.

—Suerte —dijo la voz de Phasis, interfiriendo en la telecomunicación.

—Será una pena perderte de vista —ironizó Shadowman.

La minúscula Galactic kart comenzó a avanzar. El portalón se abrió ante él, cerrándose después. Luego, se abrieron las compuertas que daban al espacio; allí estaba la pista de toma de contacto. Pasó sobre ella y saltó al Vacío. A la derecha quedaba el majestuoso planeta Medusa, el último de los planetas donde las cosmonaves podían aprovisionarse. Sólo los más temerarios se arriesgaban a viajar hasta aquel lejanísimo planeta rumbo hacia el ojo de la espiral de la galaxia.

La cosmonave Espuma, grande y magnífica, quedó atrás, iluminada por la estrella sol que daba vida al planeta Medusa y luz a sus lunas. Pudo verla en la pequeña pantalla; su forma era la misma que el colgante que llevaba en el pecho, pendiente de la gruesa cadena de oro que le diera Maragda.

Tuvo la impresión de que, más que pedirle cuentas a Blue John, el pirata sideral, lo que buscaba era morir en lucha espacial, morir bajo los ojos de Maragda, aquella mujer tan misteriosa como sensual e inteligente.

La deseaba ardientemente, pero estaba lejos de su alcance. No sólo pertenecía a una civilización desconocida llama da Xiridiana, sino que ella se erguía altiva e inaccesible y más para un mortal terrícola que, en su opinión, estaba demasiado atado a sus instintos animales.

Había perdido a su cosmonave y a sus amigos en lucha con el pirata sideral Blue John. La minúscula Galactic-kart que ahora tripulaba no era ni siquiera suya, era un invento del viejo Foll y él lo experimentaba. ¿Qué le quedaba? El futuro era tan insondable como un agujero negro. No quería convertirse en un aventurero degradado de los que pululaban por los planetas Frontier buscando juegos de ventaja y asaltando a los incautos que se acercaban con sus cosmonaves de turistas.

—Esta será mi última batalla —dijo entre dientes. Mientras pulsaba un botón del telecomunicador, añadió—: Que por mi parte sea digna y espectacular.

La pantallita de TTV que tenía en el panel de mandos cambió de imagen, dejando de ver a la Espuma.

El rostro de Blue John quedó visible ante él. Allí estaba el pirata espacial con su cabeza protegida como siempre por el yelmo de brillantes que rechazaba por reverberación cualquier disparo de láser que se dirigiera contra él.

—Volvemos a encontrarnos. Raig —dijo el pirata sideral, un terrícola nacido para matar, para acumular riquezas robadas a cuantos caían bajo el alcance de sus armas y de sus piratas; entre éstos se mezclaban seres de distintas civilizaciones para mejor poder atacar, para mejor encontrar la forma de matar en cada circunstancia.

Aquella mezcla de seres de diferentes civilizaciones también servía para mantener lejos, muy lejos, la piedad con los vencidos.

—Esta vez no me cogerás a traición, Blue John.

El pirata sideral se rió estentóreamente.

—Eres un iluso. En una ocasión te ofrecí que pasaras a ser uno de mis comandantes. Ya sabes que albergo la ambición de conseguir una flota espacial suficiente para enfrentarse a cualquier flota espacial miliciana. Tú podrías ser uno de mis mejores comandantes.

—Eso jamás, Blue John, ya te lo dije.

—Por eso no me dejaste más alternativa que destruirte. Debía darte una lección que al mismo tiempo sirviera para ejemplo de otros como tú.

—Destruiste mi cosmonave, mataste a mis amigos, pero no conseguiste acabar conmigo.

—Escapaste, pero ahora tengo la ocasión de solventar ese fallo. No eres un enemigo al que se pueda dejar vivo; siempre serías un peligro para mí.

—Pues, enfrentémonos de una condenada vez. Blue John.

—¿Intervendrá Maragda?

—No temas. Maragda, con su cosmonave Espuma, se mantendrá al margen de este desafío espacial.

—Sé que con Maragda viajan Shadowman y Phasis. Ambos son peligrosos, aunque los podría vencer con facilidad si se pusieran delante de mí.

—Siempre has sido un fanfarrón, Blue John.

El pirata sideral se rió, satisfecho, y replicó:

—Será porque tengo motivos, pues siempre venzo en las batallas.

—Porque ninguna flota espacial se ha tomado en serio tu persecución y consiguiente destrucción.

—Ninguna flota espacial se atreve a ir tan lejos como yo voy con mi cosmonave. Y ahora, basta de palabras; te ofrezco la última oportunidad, Raig.

—¿Cuál es?

—Entrégate a mí. Quizá dentro de un tiempo te pueda otorgar mi confianza y te convierta en uno de mis comandantes.

Raig sabía que Blue John empleaba la bioelectrónica aplicada al cerebro humano para evitar ulteriores traiciones entre quienes componían las dotaciones de sus cosmonaves. Por consiguiente, no se podía entregar a él ni aun con la idea de infiltrarse entre sus piratas, porque con sus sofisticados métodos anularía su honestidad y sus ansias de justicia.

—Guárdate tu propuesta, Blue John.

—Eres tristemente ridículo. Prepárate para convertirte en plasma cósmico.

En aquel momento, la imagen de Blue John se distorsionó. Acabó por perderse y en su lugar apareció la de Maragda.

—¡Raig, regresa!

Sonrió, escéptico.

—¿Es una orden?

—Sé que tú no admites órdenes —respondió ella—. Es una súplica. No tienes ninguna posibilidad con esa minúscula nave que tripulas frente a ese pirata sideral.

—Eso está por ver.

—Te exterminará —insistió, y en su voz había angustia contenida.

—Cada cual es libre de escoger su forma de morir.

Anuló la imagen de Maragda para no tener que seguir viéndola. Le hacía daño. Se había enamorado de ella, todo su cuerpo sentía amor hacia aquella misteriosa reina del cosmos.

Por detrás de la luna Dos del planeta Medusa, apareció la gran cosmonave pirata. Se pudo ver en pantalla gracias a las telecámaras de observación.

La cosmonave de Blue John era oscura con reflejos brillantes que debían salir de sus ventanas encristaladas. En como un terrible, un feroz monstruo cósmico dispuesto a engullir a quien se pusiera a su alcance.

Ni cien cosmonaves juntas como la pequeña Galactic-kart serían la mitad de grandes que la cosmonave pirata.

Raig conocía ya las tácticas del pirata sideral. En un momento dado, su gran cosmonave se dividió en tres. Era come si de su cuerpo central se desgajaran los laterales, convirtiéndose así en tres cosmonaves de combate para efectuar una; maniobra envolvente. Aquélla era la forma de atacar a sus presas.

El espacio entre luna Dos y el planeta Medusa semejó resquebrajarse.

Las cosmonaves piratas poseían potentísimos motores que utilizaban para escapar de las cosmonaves milicianas cuando les perseguían o para dar alcance a las presas que trataban de huir.

—Ha llegado el momento —se dijo Raig.

Apretó los dientes y maniobró con su minúscula nave, acelerando al máximo. Su tiempo de combate era limitado, mientras que el de las cosmonaves piratas podía ser prácticamente ilimitado, hasta en eso tenía las de perder.

Si seguía en línea recta hacia su enemigo, sería en escasos segundos. Millares de disparos coincidirían en él, transformándolo en plasma cósmico, tal como Blue John había pronosticado.

Su única posibilidad era la velocidad.

Cambió la dirección y se lanzó hacia la luna Dos por el flanco de la cosmonave que se hallaba al extremo izquierdo.

De este modo, era difícil que los disparos convergieran en él, ya que existía la posibilidad de que se destruyeran entre ellas mismas.

Las tres cosmonaves enemigas viraron treinta grados, mas ya Raig había pasado de largo. La velocidad de su minúscula cosmonave estaba dando, sus frutos.

En la pantalla de disparos, apareció la panza de una de las cosmonaves pirata, y no dudó en apretar el botón de disparo de su cañón de gran potencia.

Los dardos suprafotónicos brotaron de la proa de la minúscula Galactic kart. La cosmonave pirata, alcanzada, se resquebrajó. Brotó una lengua de blanquísimo fuego y después, estalló.

La bola de fuego casi alcanzó al pequeño kart, la onda expansiva de la explosión y también la térmica, lo lanzaron lejos de su posición cuando furiosos disparos de las otras dos cosmonaves piratas trataban de alcanzarlo.

Logró situarse a la popa de los piratas, entre ellos y luna Dos, y no dudó en disparar directamente a la tobera de motores de otra de las cosmonaves enemigas.

Maragda. Shadowman y Phasis seguían la batalla a través de una gran pantalla. Los tres estaban tensos observando el feroz combate entre el terrícola con su minúscula cosmonave y los piratas que poseían tres cosmonaves fuertemente artilladas para la guerra.

Los disparos del cañón suprafotónico dieron en su objetivo.

La tobera principal de motores de la cosmonave elegida se abrió como lo haría un capullo de flor en acción acelerada.

Todo fue fuego y luz.

La reacción resultó tan violenta como incontrolable por parte de los piratas.

El cartucho de energía debió de reventar, y la cosmonave incendiada salió disparada hacia el infinito, empujada por la reacción en grado máximo. Mas el cuerpo de aquel gigantesco vehículo que parecía condenado a salir de la galaxia a pocos segundos, estalló, desintegrándose.

—¡Blue John, ya sólo quedas tú! —gritó Raig.

La imagen de Blue John apareció distorsionada en la pequeña pantalla del salpicadero de la Galactic-kart.

—¡Te aplastaré, maldito gusano!

—¡Alcánzame si puedes!

La imagen cambió. Sorprendentemente para Raig, quien apareció en pantalla fue el viejo Foll que riéndose, aplaudía.

—Magnífico, magnífico.

—¿Qué pasa, dónde estás tú?

—En el planeta Frontier, pero te sigo por un sistema de telecomunicación sólo conocido por mí. Ahora, no pierdas tiempo y

lánzate contra luna Dos.

—Eso sería un suicidio.

—Haz lo que te digo y cuando veas tu última posibilidad de escapar, pulsa el botón trece que está a tu derecha.

—¿Y qué ocurrirá?

—Ya lo verás.

Raig siguió la indicación del viejo Foll y se lanzó a la máxima velocidad hacia la luna Dos, como si fuera a estrellarse contra su corteza.

Blue John le siguió con su cosmonave, disparando rabiosamente; los tiros pasaban rozando la diminuta Galactic-kart

Blue John tenía que destruirle y resarcirse de sus pérdidas se sentía furioso y sorprendido, porque en principio aquel combate le había parecido simple y sin importancia alguna un combate que le permitiría acabar con un enemigo peligroso como era Raig.

Todos los mandos de la pequeña Galactic-kart se pusieron en zona roja. La velocidad era excesiva, y a ella se unía la atracción gravitatoria que emanaba de la gran luna Dos, una luna tres veces equivalente a la que poseía el planeta Tierra

Tres segundos más y no escaparía a la muerte, estrellándose contra la superficie del satélite.

Los habitantes del planeta Medusa contemplaban atónitos a batalla espacial en la que ellos no tomaban parte y tampoco querían intervenir.

Tenía que escapar, era el momento crucial. Tres segundos más y no sería más que polvo sobre la superficie de luna Dos.

Pulsó el botón «trece» y tras él brotaron minúsculas partículas metálicas mezcladas con chorros de aspersión fotónica. Todo se iluminó como si él mismo se hubiera desintegrado, como si acabara de ser alcanzado por los disparos de la cosmonave enemiga que le perseguía furiosamente.

Pero en la cosmonave pirata, Blue John, con la cabeza protegida por el yelmo de brillantes, observó que todos sus controles semejaban enloquecer. Sus hombres le miraron preocupados.

El computador general emitió ruidos extraños y una masa de diminutas partículas luminosas ocultó lo que tenían delante. Era como si penetrasen en una niebla luminosa que, a su vez, desequilibraba todos sus sensores automáticos.

Aquellas endiabladas partículas poseían un poder ultramagnético que consiguió descontrolar a la cosmonave pirata, mientras la pequeña Galactic-kart escapaba porque era inmune a lo que ella misma había lanzado tras de sí.

Raig logró evitar que su diminuta cosmonave se estrellara contra la superficie del satélite y pasó rozando la cúspide de una de las

montañas que rodeaban un cráter, pero Blue John no tuvo tanta suerte.

Raig le vio un instante en su pantalla, Blue John había enrojecido. Después, sobrevino el impacto y la consiguiente destrucción del pirata espacial.

La cosmonave enemiga se desintegró en el fondo del enorme cráter del que brotó una luz vivísima, cegadora. La cadena de montañas que circundaba el cráter comenzó a desmoronarse, fragmentándose toda ella.

Múltiples aludes rocosos se desplomaron como tratando de cubrir los restos de la cosmonave, pero el cráter estalló como si el volcán entrara en erupción, y las rocas fueron despedidas hacia lo alto para después caer en derredor. Aquella herida en la corteza de la luna Dos del planeta Medusa tardaría en cicatrizar.

El minúsculo kart inició el regreso hacia la cosmonave Espuma donde Maragda aguardaba, todavía sorprendida admirada por lo ocurrido.

Shadowman y Phasis quedaron ceñudos y reconcentrados. Habían subestimado al terrícola y éste les había demostrado que podía luchar muy bien pese a que pilotaba una minúscula cosmonave llamada Galactic-kart.

CAPITULO VII

La cosmonave Espuma, tras reabastecerse en el planeta Medusa, prosiguió su viaje rumbo al lejano planeta Pirois, un planeta desconocido para todos, excepto para Maragda y sus huestes. Tendido en su litera, Raig se recreaba en sueños de vigilia, sueños basados en lo que había visto con sus propios ojos.

Maragda danzaba desnuda entre las llamas que surgían de aquel ojo maldito, y Raig ansiaba ser fuego para lamer aquel cuerpo que tanto le obsesionaba.

No podía decirse que no hubiera tenido contacto con mujeres, incluso con sensuales mutantes, pero Maragda era distinta a todas. Cada parte de su ser era más sensual que cualquiera de las otras mujeres que había conocido, ninguna tenía aquellos pechos fuertes y grandes, turgentes y puntiagudos, de grandes aréolas con larguísimos pezones erectos que invitaban a ser succionados con avidez, como prometiendo deliciosas ambrosías.

Ninguna tenía aquellos cabellos que parecían reclamar ser acariciados por manos expertas, aquellos grandes y brillantes ojos verdes, aquella boca que invitaba a ser besada y que prometía mil caricias excitantes, unos labios que apenas podían ocultar una doble hilera de dientes níveos y uniformes que auguraban sensuales mordidas a la lengua juguetona que se ocultaba tras ellos.

Ninguna mujer tenía aquellas piernas largas y bien torneadas, aquellos muslos tersos, de piel suave, por la que las yemas de los dedos habrían de resbalar acariciantes. Ninguna tenía aquellas caderas tan proporcionadamente redondas, tanto en los lados como en las atrayentes curvas de los glúteos. Ninguna tenía aquel rizado vello pubiano rojizo que parecía brasa viva.

—¡Raig!

Alargó su mano y pulsó el botón que iluminaba la pantalla situada en la pared frente a él, por encima de los pies.

Una de las subordinadas de Maragda se encaró con él, mirándole a través de sus gafas-máscara.

—¿Qué pasa? —preguntó Raig.

—Maragda te espera en el lago del jardín.

Tuvo intención de preguntar, pero prefirió callarse, como si temiera que una sola de sus palabras pudiera desvanecer una maravillosa visión.

Abandonó su camarote y buscó el jardín. No era fácil encontrarlo en aquella cosmonave donde abundaban los corredores en los distintos niveles.

—¿Adónde vas? —preguntó Shadowman, que le salió al paso en uno de los pasillos.

—A estirar las piernas —respondió, evasivo.

—Espera, terrícola.

—¿Qué es lo que he de esperar?

Shadowman no le dejaba pasar, movía sus cuatro brazos.

—Tú tramas algo.

—No seas idiota, Shadowman.

—Tuviste mucha suerte con Blue John al poder vencerlo.

—Sí, tuve suerte; por eso yo estoy vivo y él no.

—Ahora quieres hacerte el héroe con Maragda, aprovechando además que morfológicamente sois muy parecidos.

—Shadowman, no quiero hablar contigo. Aguarda tu ocasión y arriésgate como yo lo hice frente a Blue John. Si quieres aparecer a los ojos de Maragda como un gran guerrero espacial, espera a poder vencer a Urdung para recuperar la piedra que ella reclama.

—Naturalmente que seré yo y nadie más que yo quien recupere la piedra que Maragda desea, y también le ofreceré la cabeza de ese Urdung del que nos ha hablado.

—Pues, si estás tan seguro, no tienes de qué preocuparte.

—Terrícola, yo sé de tu astucia, y lo que tú quieres es ganar tiempo, apoderarte de la voluntad de Maragda para ser tú solo el que tenga posibilidades de recuperar la piedra y cobrar la recompensa doble.

—No deseo hablar contigo, Shadowman, me aburres.

—Y tú a mí, maldito terrícola.

Shadowman demostró tener el defecto de la envidia y del rencor, envidia y rencor que en tantas ocasiones ocultaba tras sus sonoras carcajadas; pero en aquellos momentos, no quería reír, sino vencer a quien había vencido espectacularmente a Blue John, el pirata sideral.

Dos de sus cuatro puños golpearon traidoramente a Raig. Este se tambaleó, mas no llegó a caer porque apoyó su espalda contra una de las paredes.

—Te voy a dar una paliza para que le muestres a Maragda quién es mejor luchador de los dos.

Tras aquellas palabras, Shadowman volvió a la carga, Raig se daba cuenta de que no era fácil vencer a Shadowman, debido a la gran estabilidad que éste tenía. Dos buenas y cortas piernas, un gran peso en su cuerpo y cuatro brazos que podían servirle de patas en un momento dado para así quedar apoyado sobre seis puntos como si fuera un insecto.

Raig consiguió alcanzarle con un puñetazo en el rostro, pero Shadowman encajaba bien y a su vez replicaba muy seguro de sí, gracias a poseer cuatro puños.

Los golpes llovieron sobre la cabeza y el cuerpo de Raig que se percató dolorosamente de la contundencia de aquellos puñetazos.

—¡ Iiiiiaaaaa!

Ante aquel estentóreo grito de fiereza salido de lo más hondo del cuerpo del terrícola, Shadowman quedó como aturdido por un instante, un instante que Raig aprovechó para saltar como si poseyera la facultad de volar, dominando la gravedad artificial que poseía la cosmonave. Con un golpe de tacón, alcanzó la boca de Shadowman, al que envió contra el suelo de espaldas.

Cuatro brazos y dos piernas se agitaron en el aire como una cucaracha puesta panza arriba.

Lo que Raig tampoco podía hacer era una lucha cuerpo a cuerpo, pues Shadowman podía sujetarle los brazos mientras que con las manos que le quedaban libres podía llegar a estrangularlo. Por ello, le propinó unos contundentes puntapiés, pero una de las manos de Shadowman le atrapó el pie y lo derribó.

Cuando Raig intentó levantarse. Shadowman ya se le había abalanzado, cayéndole encima, Raig pudo ver una nube de puños que le golpeaban salvajemente.

Sólo se podía vencer a Shadowman empleando los pies además de los puños para contrarrestar tantas manos como él utilizaba.

Cuando le hubo golpeado con las rodillas y empujado contra la pared, golpeándole la cabeza contra ésta, lo dejó caer, aturdido.

Vencido, perdiendo sangre por boca y nariz. Shadowman quedó sentado en el suelo, apoyado contra la pared.

Raig tenía la oportunidad de rematarlo, pero no lo hizo. Le dejó allí y fue hacia el elevador. Por su parte, aquel desagradable encuentro con Shadowman había terminado. Habían medido sus fuerzas y Shadowman había perdido, aunque Raig sabía que no iba a perdonárselo.

El elevador le ascendió al nivel en que se hallaba el jardín, aquel jardín cuya existencia ni Phasis ni Shadowman conocían.

Una de las vigilantes le aguardaba en la primera de las puertas para franqueárselas por orden de Maragda. La mujer miró el rostro del terrícola que mostraba las huellas de la reciente pelea, pero no dijo nada.

Cruzó por la sala roja donde cualquier virus extraño moriría y otra vigilante le franqueó el acceso al jardín, vedado a los que no formaban parte de la dotación de la cosmonave.

Penetrar en el jardín era como adentrarse en otro mundo, como ver un cielo azul celeste y verse envuelto de vegetación, de una temperatura adecuada para una humedad también adecuada.

Avanzó por el sendero hasta descubrir a Maragda sentada junto al lago donde las diminutas sirenas nadaban como esperando alguna

atención de lo que ellas podían considerar una diosa, una diosa que podía terminar con ellas pero que, sin embargo, las cuidaba y mimaba.

Raig se arrodilló junto al lago y se lavó la cara. Se quitó la sangre y las sensaciones de tumefacción.

Maragda se mantuvo en silencio hasta que él la miró con el rostro chorreando agua.

—Creí que el combate con los piratas siderales no te había afectado en absoluto.

—Si te refieres a mi cara, te diré que no me afectó.

—¿Entonces?

—He tenido unas palabras con Shadowman.

—¿Os habéis peleado?

—Ha sido inevitable.

—¿Por qué pelearos, si estáis aquí para llevar a cabo el mismo trabajo?

—Creo que, como mujer que eres, no lo entenderías.

—¿Pelea entre guerreros machos?

—Más o menos.

—¿Sentido de la territorialidad?

—También hay algo de eso. Hasta los más pequeños animales pelean por su territorio. Aquí todos parecemos creer que tenemos derecho a todo.

—Por los informes que tengo, sé que no has ido provocando a Shadowman, sino que él te está provocando a ti todo el tiempo.

—Cierto, teníamos que acabar en pelea.

—¿Y ha quedado solventado el pleito?

—No.

—No entiendo.

—Entre Shadowman, Phasis y yo, habrá pelea hasta que estemos lejos, muy lejos unos de otros, o hasta que alguno de nosotros muera. A ti te habrá parecido bien concentrarnos a los tres para tu misión. Es posible que tengas razón en cuanto a alcanzar tu objetivo se refiere, pero debiste haber calculado que pelearíamos en un momento u otro. No somos androides, somos humanos.

—¿Y los humanos siempre lucháis?

—De una forma u otra, sí. No siempre es una pelea a puñetazos o con armas; hay peleas en que uno trata de ser superior a su adversario consiguiendo más éxito, más cultura, más atractivo hacia las hembras, más poder en suma.

—Sois muy complicados.

—¿Y eso lo dices tú. Maragda?

—¿Qué quieres decir?

—Tú, más que complicada, eres un auténtico misterio para

nosotros..

La mujer suspiró tenuemente y volvió su rostro hacia el agua donde las sirenitas nadaban. Una de ellas había conseguido subir a la hoja flotante de una planta acuática que podía parecerse mucho a un nenúfar, aunque su flor era mayor.

—No he debido pedirte que vinieras aquí.

—Raig, todos vimos cómo vencías al pirata Blue John.

—¿Eso querías decirme? —preguntó él, acercando mucho su rostro al medio cubierto de ella.

—Tú no sabías que ibas a vencer a Blue John, ¿verdad?

—Cuando se empieza un combate, nadie puede saber si va a vencer o no, pero hay que iniciarlo con moral de victoria.

—Tú no ibas con moral de victoria, tú ibas a morir.

Sostuvieron sus respectivas miradas. Raig tardó en responder; tenía la impresión de que ella leía en el fondo de sus ojos.

—¿Qué importa eso ahora?

—Yo pedí que vinieras a mi cosmonave y viniste. Entonces no tenías ese espíritu de muerte. Fuiste a enfrentarte a Blue John como si buscaras un suicidio.

—¿Crees que estaba desesperado?

—Desesperado, no, como frío y triste a la vez, como si ya no te quedara nada.

—Cierto, no me importa morir.

—Sólo a los androides no les importa morir.

—Ellos piensan basándose en los datos que imprimimos en sus chips, pero carecen del sentido de la vida y de la muerte. Los humanos inteligentes sí pensamos en la vida y en la muerte.

—Tú no has querido pensar en la muerte —le reprochó ella. Casi bebía ya el aliento del hombre por la proximidad de una boca a la otra.

—Te equivocas.

—Has dicho que no te importaba morir.

—Pero sabía lo que era la muerte.

—Explícate.

—Ya he perdido demasiado en mis continuos viajes. He buscado la fortuna y la felicidad como la han buscado todos los aventureros a lo largo de la evolución de todas o casi todas las civilizaciones humanas, y no las he encontrado. He ido dejando jirones de mí entre las estrellas. No sólo no encontré la fortuna sino que perdí a mis amigos, a mis compañeros. Perdí la cosmonave que tanto me había costado conseguir.

Hizo un largo e intencionado silencio que rompió Maragda.

—¿No te queda ya ningún amigo?

—Sí, me quedan algunos, pero ya no es lo mismo. Tengo un gran

amigo que es quien construyó el Galactic kart.

—Debe de ser un personaje muy sabio.

—Lo es, pero él no viaja a través de las estrellas buscando la fortuna y la aventura.

—¿Qué es lo que esperas encontrar, Raig? —preguntó ella con voz ronca.

—Algo como lo que ya he encontrado, pero que está inaccesible para mí.

—¿Y eso que tú consideras inaccesible es lo que te empujó al combate sin importarte la muerte?

—Sí.

—¿Y qué es eso que has encontrado? ¿Qué es la felicidad para ti y que resulta inaccesible según crees?

Los ojos volvieron a quedar clavados los unos en los otros.

—Tú.

—¿Tan fuerte son tus instintos de animal?

—No son instintos de animal —la corrigió Raig—. Son instintos de humano orgánico, son los instintos del hombre que se enamora de una mujer que para él resulta la más maravillosa del universo.

—Y las mujeres de tu civilización, ¿qué hacen en esas circunstancias?

—Lo mismo que los hombres, porque se enamoran igual que nosotros.

—¿Sienten lo mismo?

—Sí. ¿Acaso vosotros no sentís nada?

—Las hijas de Xiridiana sólo somos mujeres.

—¿Hermafroditas, como las sirenitas?

—No.

—Entonces, ¿cómo os reproducís? ¿Acaso sois inmortales como cuenta la leyenda sobre vosotras? No puedo creer que tú tengas milenios de vida, no puedo creerlo ni aceptarlo aunque me lo jures; no puedo porque he visto tu cuerpo.

—¿Mi cuerpo?

—Sí, danzando entre las llamas —confesó Raig.

—¿Me has espiado?

—Sí, y no me lo reprocho. Si fueras un canalla sin honor, te secuestraría.

—Tu curiosidad puede perderte —amenazó ella siempre con voz enronquecida.

—Ya sabes que no me importa morir.

—¿Y te importaría vivir si consiguieras lo que más deseas?

Como si acabara de divisar un espléndido oasis en medio de un desierto, los ojos del hombre se iluminaron.

—Sí.

Ella acercó sus labios a los de él, los tocó levemente como sin saber lo que era un beso en realidad.

Raig prosiguió con la caricia, ya con habilidad. Alzó las manos y le quitó las gafas máscara, descubriendo así el rostro femenino, aquel rostro que había visto a través de las rejillas de aireación.

—No debías hacer esto —protestó ella.

—Estas gafas máscara son tu defensa. He visto cómo disparas rayos destructores desde ellas, no sé cómo funcionan pero no me importa; ahora, yo quiero tus ojos.

La besó de nuevo en los labios hasta notar que ella llegaba a estremecerse. Raig se daba cuenta de que ella jamás antes se había estremecido así, reaccionaba como una adolescente virgen y pura entre las manos y los labios de su seductor.

Abrió su capa, abrió también una especie de chaleco que llevaba debajo y desnudó aquellos pechos que ya sabía cómo eran. Instintivamente, Maragda los irguió como para hacerlos más atractivos al hombre que aplicó sus labios a los pezones y los succionó, haciéndolos más erectos.

—Raig, Raig, ¿qué haces? —gimió, arqueando su cuerpo hacia atrás, levantando sus ojos hacia el techo tapizado de azul celeste y notando que los párpados se le cerraban como si se le llenaran de intenso calor.

Raig siguió besando el cuerpo femenino y ella terminó dejándose caer de espaldas en la hierba. Su cuerpo comenzó a cubrirse de un leve sudor como le ocurría cada vez que danzaba sobre aquel extraño ojo del que surgían las llamas que la envolvían sin quemarla.

CAPITULO VIII

Las hijas de Xiridiana no respondían a las preguntas del terrícola Raig, y algunas de las puertas se cerraron ante él, impidiéndole el paso.

Raig intentó regresar al maravilloso jardín dentro de aquel invernadero que parecía centrado en el corazón de la cosmonave, pero no lo consiguió porque las puertas permanecieron sólidamente cerradas.

Buscó sus armas para abrirse paso con ellas y no las encontró. Fue inútil que revolviera su camarote ni registrara su pequeña Galactic-kart; las armas le habían sido secuestradas.

Tampoco pudo ir a la sala de mando y control de la cosmonave, y optó por forzar la rejilla por la que había pasado para descubrir a Maragda en su intimidad, en aquella sala en cuyo suelo había un gran ojo hecho de metales preciosos. Pero por allí no apareció Maragda.

Decidió aguardar y fueron pasando las horas. Raig continuó tendido dentro de la canalización de aire.

Sólo un ser acostumbrado a pasar por las situaciones más duras y sin síntoma alguno de claustrofobia podía aguantar en aquellas condiciones, y Raig aguantó. Sus nervios estaban bien templados pero las horas transcurrieron y acabó por dormirse.

Cuando despertó, todo seguía igual, Maragda no había aparecido por la sala de ceremonias, no quería dejarse ver.

Raig comenzó a retroceder por la canalización de aire.

Movía sus extremidades entumecidas, avanzando hacia atrás sin poder darse la vuelta debido a la angostura del conducto. Era como deslizarse por el interior de una gran tripa metálica en medio de la oscuridad.

Al fin, salió de la canalización. Cayó al suelo, viéndose rodeado inmediatamente por aquellos malditos robots enanos que parecían canoides.

—Ahora, si quisiera, estarías vencido, terrícola —dijo la voz gorgoteante de Phasis.

—Aparta esos robots de mí, no me caen simpáticos.

—Son más efectivos de lo que supones y sólo me obedecen a mí.

—¿Has grabado en su memoria las líneas y frecuencias de tu voz?

—Exacto, sólo a mí pueden obedecerme. Si ordenara que te atacaran, serías un cadáver en breves segundos.

Raig, que seguía sentado en el suelo, miró a los robots enanos que le rodeaban y le parecieron desagradables. Sus perfectas máquinas bioelectromecánicas estaban recubiertas por una especie de cuero

viejo y rugoso a modo de piel orgánica y natural que podía ser un plástico especial capaz de resistir golpes y los impactos de armas de fuego. Su cabeza era una mezcla de perro dogo y dragón, algo híbrido, algo que no podía volver a reproducirse y que parecía creado para inspirar rechazo y espanto. Los ojos semejaban inyectados en sangre, y no eran más que ojos electrónicos.

—Supongo que estos monstruitos artificiales han sido creados para espantar a los entes humanos sencillos que pululan por los planetas escasamente evolucionados tecnológicamente.

Al oír aquella retahíla de palabras rebuscadas. Phasis se rió por primera vez. Después, ordenó:

—Escupid fuego pero no le queméis.

Los siete robots enanos, los siete canoides, abrieron sus bocas mitad de perro mitad de dragón, y escupieron fuego como si fueran míticos dragones.

Raig se vio rodeado por aquellas llamaradas malolientes, pero no se asustó de ellas. Tenía la mente muy fría y había oído perfectamente que Phasis ordenaba a sus robots enanos que lanzaran fuego, pero que no le quemaran, y ellos obedecerían con cálculo milimétrico, pues era evidente que podían calibrar la longitud de las llamas que brotaban de sus fauces artificiales.

Raig se levantó y bostezó, como demostrándole a Phasis que no le temía, ni a él ni a sus robots enanos, aunque otra cosa muy distinta hubiera sido si se hallaran en algún planeta perdido donde Phasis no temiera alguna represalia.

—Si tus robots enanos me calcinaran. Maragda no iba a perdonártelo, tú lo sabes.

—Basta con el fuego —ordenó Phasis. Encarándose con Raig, le puntualizó—: Tú tuviste una pelea con Shadowman.

—Cierto.

—¿Por qué?

—Estaba empeñado en ser más que yo y en demostrarlo. Sus cuatro puños no le sirvieron todo lo que esperaba de ellos.

—Le pregunté a Shadowman, y me dijo que te había dado la paliza que merecías.

—Vaya, eso parece un parte de guerra, donde hubo una derrota se canta una brillante victoria.

—Sé que le venciste.

—¿Te lo ha contado uno de esos robots enanos?

—Sí, uno de ellos me lo explicó. Son buenos como espías; tengo una grabación video-láser de la pelea.

—No está mal. ¿Y qué pretendes?

—Que tú y yo, terrícola, seamos socios y nos desembaracemos de Shadowman. El sólo será un estorbo.

—¿Has planeado algo?

—Sí.

—¿El qué?

—Tú y yo podríamos unir la recompensa que corresponde a cada cual y sumar la que obtenga el que recupere la piedra de Maragda.

—¿Y después dividimos por dos para repartir tú y yo a partes iguales?

—Sencillo, ¿verdad? —preguntó Phasis, sonriente y satisfecho.

—¿Y Shadowman?

—Shadowman es menos listo y astuto de lo que él mismo supone. No niego que sea un excelente luchador, incluso hasta feroz, pero se sobrevalora. Creo que le podemos utilizar para atraer sobre él la atención del dios Urdung mientras nosotros, operando conjuntamente, tratamos de recuperar la piedra que es lo que interesa. Si tú y yo trabajamos unidos, será más fácil tener éxito en la misión.

—De acuerdo, trabajaremos como socios y repartiremos las ganancias a partes iguales —aceptó Raig, consciente de que no podía fiarse lo más mínimo de Phasis.

Si estaba traicionando a Shadowman, terminaría por traicionarle a él también y si podía, traicionaría a la mismísima Maragda. Sin embargo, era mejor hacerle creer que aceptaba ser su socio. De esta manera, Phasis le miraría con menos recelo y se confiaría más.

—Muy bien, terrícola. Verás como mis robots enanos, como tú les llamas, son muy efectivos.

—Eso espero. No sabemos cómo es ese supuesto dios Urdung. Por cierto, ¿has visto a Maragda en las últimas horas?

—No. ¿La buscabas tú por ese agujero de aireación?

—Estás muy preocupado por lo que yo hago, Phasis.

—Maragda no se deja ver por ti. ¿Verdad, terrícola?

—Quién sabe —respondió, evasivo.

—Tú te entrevistaste con ella y algo extraño debió ocurrir, porque desde entonces no la hemos vuelto a ver.

Raig recordó los momentos de placer vividos en el jardín. Maragda había demostrado ser una mujer excepcional. Se habían amado intensamente; no era una ilusión, había sido una realidad.

Había creído hallar la maravilla de la felicidad en aquella extraordinaria Maragda. Jamás antes se había saciado con un placer semejante como el que ella le proporcionara.

Se habría dormido sobre la hierba, junto al lago. Una de las sirenitas, saliendo del agua, le despertó cantándole al oído. Raig recordó haberle acariciado la espalda con el dedo como viera hacer a Maragda, y la diminuta sirena se lo agradeció.

Había buscado a Maragda por el camino, por el jardín, y no la encontró. Salió luego del jardín y ya no pudo volver a él.

—¿Qué te sucede, terrícola? Estás como recordando algo, ¿verdad?

—Déjame en paz, Phasis —gruñó, y se alejó de él dejándole rodeado de sus canoides.

CAPITULO IX

Raig había dejado de interesarse por todo. No acudió a la sala de gimnasia y se había despreocupado de sí mismo, dejándose incluso crecer la barba. Maragda parecía haberse esfumado, disuelto en las tinieblas insondables de la galaxia.

Raig sabía que su velocidad crucero era híper Mach luz, una velocidad muy superior a la alcanzada por las cosmonaves conocidas.

La Espuma era una magnífica cosmonave y él no había desentrañado sus misterios, pero nada parecía importarle desde que Maragda resolviera no volver a verle. Sus peticiones de entrevistas habían sido ignoradas sistemáticamente.

—Raig, preséntate en la sala de mando.

Tendido en la litera, tuvo la impresión de que sus oídos acababan de jugarle una mala pasada. Pulsó el botón que abría la pantalla integrada enfrente, pero allí no vio reflejando nada. Algo aturdido, se levantó de la litera.

Casi como un androide, se dirigió a la sala de mando. Allí ya estaban Phasis y Shadowman, la puerta estaba controlada por dos vigilantes armadas.

—¿Nos ha llamado Maragda? —inquirió Raig.

—¿Qué te ocurre, terrícola? —rezongó Shadowman—. Parece que vayas a derrumbarte.

—No serás tú quien me haga caer.

Phasis miró a Raig con malos ojos.

El terrícola se apartó de sus compañeros de viaje y se acercó al fabuloso acuario. Allí dentro estaban los peces y las sirenitas que eran capaces de salir del agua para cantar al oído de Maragda.

En aquel momento entró Maragda en la sala de mando, envuelta en su capa de color rojo oscuro y con el rostro cubierto por las gafas-máscara, altiva y arrogante, sin aparente debilidad. Sin fijarse en ninguno de los tres aventureros, se acercó a la pantalla tridimensional situada sobre la gran mesa circular.

—Ha llegado el momento.

Raig buscó sus ojos, pero ella no le miró o cuando menos. no le prestó ninguna atención especial. El terrícola no podía dar crédito a la actitud que la mujer adoptaba con él. No era ningún inexperto, y tenía la certeza de que durante el tiempo que habían permanecido juntos en el jardín del lago, la había hecho plenamente feliz. La había sentido estremecer entre sus brazos, y había sorbido con deleite sus gemidos de placer.

Luego, en vez de volver a encontrarse como cabía esperar, no

habían vuelto a verse y la primera vez que se encontraban su actitud era fría y cortante, altiva y casi despectiva.

—Estamos llegando al sistema de la estrella solar Nepheles, lo que quiero decir que a la velocidad de crucero que llevamos, en el plazo de cuatro horas llegaremos a la órbita del planeta Pirois.

Raig, como todos, miró la pantalla constelada de estrellas en la que una refulgía más que las otras. En torno a ella había unos planetas y en derredor de uno de ellos, destacaba un círculo rojo intermitente que servía para señalizarlo como el objetivo hacia el cual se dirigían.

—¿Has dicho que dentro de cuatro horas estaremos en la órbita de Pirois? —insistió Shadowman.

—Así es. La Espuma se colocará en órbita y será cuando vosotros entraréis en acción.

—¿Cuál será la órbita de esta cosmonave? —preguntó Phasis.

—Dos mil kilómetros, aproximadamente —explicó ella.

—¿No habrá más acercamiento? —inquirió Shadowman.

—Esta cosmonave no puede acercarse más. No es bueno que Urdung, el dios de Pirois, nos detecte.

Phasis interrogó:

—¿Cuándo partiremos nosotros?

—¿Urdung, ese supuesto dios de Pirois, tiene detectores? —quiso saber Phasis.

—Posiblemente. Vosotros poseéis tres cosmonaves pequeñas; especialmente la de Raig es minúscula. Deberéis efectuar la aproximación al planeta por diferentes puntos para que alguno de vosotros consiga llegar hasta la llanura del dios Urdung.

—¿Y tú qué harás? —preguntó Phasis.

—Aguardaré vuestro regreso.

—¿Que más nos puedes decir de ese lugar y de Urdung? —inquirió Shadowman.

—Nada, sólo que si os ve acercándoos a su morada, os destruirá. Si captura a alguno de vosotros, le interrogará para saberlo todo. A mí no podrá alcanzarme, pues él no tiene cosmonave para iniciar una persecución. Tened cuidado; sobre la superficie de ese planeta se mueve como un dios. Él lo es todo ahí, y los seres que allí habitan le obedecen, por temor pero le obedecen.

—La fe ciega en un falso dios frena la evolución, frena el progreso —opinó Phasis.

—Así es. Por ello, la evolución de los seres de Pirois no es homogénea y está retrasada en razón al tiempo en que aparecieron sobre la faz de tal planeta. Pero no es ése el problema que hemos venido a resolver aquí. Yo os pedí que recuperarais la piedra.

—Ahora es momento de saber cómo es la piedra.

—La piedra es una gigantesca esmeralda de forma oval.

—¿No está tallada?

—En facetas o prismas, no —respondió Maragda a Phasis.

—¿No hay peligro de confundirla con otra?

—No, imposible. Cuando la veáis, la reconoceréis. Os pasaré imagen de la morada del dios Urdung, os daré todas las coordenadas que me pidáis, pero a partir del momento en que abandonéis la Espuma, cada uno de vosotros resolverá los problemas por sí mismo. Yo sólo puedo ofreceros cobijo cuando escapéis del planeta Pirois. Cada uno de vosotros tendrá que buscar la mejor forma de rescatar la piedra; no obstante, he de advertiros que no hay mucho que ver, Urdung vive en el subsuelo. Os escogí a vosotros como los seres más capaces de luchar individualmente, con buenos resultados. Cada uno de vosotros, tal como os dije, es un luchador nato. Tendréis que buscar la piedra y rescatarla. Es mejor que lo que haga uno no lo sepa el otro y de este modo, si Urdung captura a alguno, aunque le interrogue nada va a conseguir. Además, hay muchas diferencias entre vosotros, por lo que no es fácil que os relacione.

—¿Veremos la recompensa que piensas ofrecernos? —inquirió Shadowman—. Nos vamos a jugar la vida.

—Seguidme —pidió Maragda.

Les condujo hacia una puerta que se abrió ante su presencia. Al otro lado había una pequeña sala con tres mesas cubiertas por unos mantos de terciopelo negro. Sobre cada una de ellas había lingotes de metales preciosos, oro, platino y otros metales igualmente valiosos.

Había cofres llenos de brillantes, rubíes, esmeraldas y gemas desconocidas de rutilante aspecto. Cada uno de aquellos lotes era un tesoro en sí mismo.

Shadowman se acercó a una de las mesas. Llenó sus cuatro manos de gemas, se echó a reír y manifestó:

—Con esto podré adquirir la mejor de las cosmonaves en el mercado negro de los planetas Frontier, y tendré humanos y androides a mi servicio, seré importante.

—Y te convertirás en otro pirata sideral como lo era Blue John —rezongó con sarcasmo Raig, siendo la primera vez que hablaba en presencia de Maragda.

—Lo que yo haga con mi fortuna es cosa mía, terrícola, y te prometo que si te pones a mi alcance te convertiré en plasma orgánico.

—A mí me parece bien —dijo Phasis, deseando cortar aquel nuevo enfrentamiento—. Y el que traiga la piedra, ¿qué recompensa recibirá?

Maragda movió su anillo. Se abrió un panel de la pared y quedó a la vista un enorme rubí que podría pesar dos mil quilates. Nadie había

visto nunca nada semejante. Estaba perfectamente tallado y brillaba con un atractivo irresistible.

—¿Habéis visto jamás algo igual? —preguntó Shadowman, excitado.

—No lo toques —prohibió Maragda—. Será para quien traiga la piedra.

—Será muy importante esa piedra secuestrada por Urdung como para dar a cambio todo esto —le observó Phasis.

—Sí, para mí es importante, aunque para vosotros es más importante todo lo que veis aquí. Es más fácil de traducir en créditos espaciales y para adquirir equipos, suministros e incluso comprar una cosmonave como Shadowman desea.

—Ciertamente es así.

—Yo estoy preparado para partir —declaró Shadowman—. Seré yo quien traiga la piedra que buscas.

—¿Y tú no tienes nada que decir, Raig? —le interpeló Maragda.

—Para mí, la recompensa sería… —Hizo una larga pausa y cambió el sentido de la frase—. Quiero decir que hay algo más deseable para mí que ese enorme rubí.

Maragda no preguntó qué era lo que el terrícola deseaba, pero Phasis interrogó:

—¿Qué es lo que tú deseas?

—Es mejor olvidarlo. —Dio media vuelta y se alejó, como dando a entender que todas aquellas riquezas le importaban muy poco.

Raig no se detuvo ante la gran pantalla tridimensional y allí observó el planeta Pirois, su objetivo.

—No renunciarás en el último momento, ¿verdad? —le preguntó Maragda, acercándose.

—No. Me comprometí a llevar a cabo esa misión al venir a esta cosmonave y no renunciaré.

—Mejor —comentó Shadowman—, mucho mejor. Cuantos más seamos, más nos reiremos del falso dios Urdung. Le combatiremos, lo destruiremos y seré yo quien rescate la piedra y la traiga a bordo.

—O quizá sea yo —adujo Phasis.

—Puede ser.

—El que es seguro que no va a traer la piedra es Raig —dijo Shadowman, siempre destructivo.

—¿Por qué Raig no? —quiso saber Maragda. intrigada.

—Es muy sencillo —siguió riendo Shadowman.

—Explícate.

—Tiene una cosmonave muy rápida, eso no se le puede discutir. Consiguió vencer a los piratas sorprendiéndolos, todos lo vimos con nuestros propios ojos, pero es tan pequeña que no puede transportar nada, absolutamente nada.

—¿Las has estado midiendo? —preguntó Raig.

—Es fácil observarla. Tiene la cubierta de la carlinga de cristal transparente de una sola pieza. Allí dentro sólo cabes tú y sin poder moverte. En cambio, en mi cosmonave podría transportar mil piedras como la que hemos de rescatar.

Phasis quitó hierro a la situación.

—Algo se le ocurrirá. Además, sólo con que actúe contra el falso dios Urdung. será recompensado y eso puede ser suficiente si sus ambiciones no son desmesuradas.

—Mis ambiciones son limitadas y mi codicia, la ignoro —les contestó Raig—. Si acepto algo, será para pagarle al viejo amigo que me confió el Galactic kart.

—Si algo no quieres, puedo tomarlo yo; no le hago ascos a ninguna recompensa —dijo Shadowman.

—La empresa debe de ser realmente difícil y arriesgada cuando ofrece tanto. Maragda —le dijo Phasis— y más siendo tu cosmonave Espuma tan invulnerable.

—Ya os he dicho que el dios Urdung habita en el subsuelo de la llanura, lo que los seres del planeta Pirois llaman la morada del dios. Ignoro a qué profundidad está, y no os puede ocultar que cuanto han tratado de penetrar en esa morada no han vuelto a salir; no se ha sabido más de ellos.

—¿Y lo han intentado muchos? —preguntó Shadowman.

—Ya os dije que hubo varios intentos y mis noticias son de que también seres de otras civilizaciones llegaron a ese lugar y nada más se supo de ellos.

—No es momento de empezar a temer a ese ser del que sabemos tan poco que ni siquiera conocemos su morfología orgánica, porque no tienen imagen grabada de su aspecto, ¿verdad?

—No —admitió Maragda—. Sé que su hábitat es subterráneo. pero no se le ha visto y los seres de Pirois hablan de él casi con terror.

Maragda dio por terminada la reunión, pero…

—Tú, Raig, espera.

A Shadowman le molestó que la mujer hiciera un aparte con el terrícola, tampoco le gustó a Phasis, pero ambos callaron. Ninguno de los dos deseaba perder su posibilidad de hacerse con aquel gigantesco rubí que causaría sensación do-quiera que fuesen. El fabuloso rubí era la riqueza misma, sobre él podrían llover los créditos y si alguien decidía subastarlo, alcanzaría un precio de auténtica fortuna.

—¿Qué es lo que quieres. Maragda? —preguntó Raig algo resentido.

—Deseo que tengas tanta suerte como ellos, o quizá un poco más.

—A ti, lo que realmente te importa es recuperar tu piedra. Ignoro qué significado tiene para ti y para tu pueblo, pero debe de ser muy

importante porque es lo único que te interesa.

—Debo recuperarla. Si tuviera que dar la vida por ella, la daría.

—Has contratado a tres profesionales de la aventura. Cualquiera de nosotros daría la vida por dinero, y eso es lo que cuenta para ti; por eso has espoleado nuestra codicia mostrándonos todas esas riquezas.

—Raig,, ya sé que tú no eres exactamente como ellos.

—¿Por qué no iba a ser como ellos? Soy un aventurero, un independiente, alguien que no tiene más fortuna que su mente y sus manos.

—Sé que eres distinto, que eres capaz de luchar por algo más que por los metales y las piedras preciosas. Para ti existen otras causas nobles.

—Pero algunas son inalcanzables.

—Tú lo has dicho, Raig, inalcanzables.

Se encaró con ella, sus ojos se reavivaron al buscar las pupilas femeninas a través de los cristales de aquellas gafas verdes que podían matar si la mujer lo deseaba.

—¿Por qué, Maragda, por qué?

—Las hijas de Xiridiana somos insensibles al amor y tú descubriste una debilidad que yo ignoraba poseer.

—¿Y me tienes miedo?

—No puedo ser débil, Raig.

—Sólo te pido que seas humana, que no te muestres fría e inerte como un androide.

—Siento lo que ha ocurrido entre los dos, Raig, pero yo me debo a mi posición. Soy la cabeza de esta cosmonave que siempre está viajando por los espacios interestelares.

—Viajáis porque no hay ninguna posibilidad de regresar, porque ya no existe vuestro planeta Xiridiana.

—¿Quién te ha dicho que no existe nuestro planeta?

—Se dice que hace milenios que vagáis por los espacios interestelares. Nadie sabe de dónde venís ni cuál es vuestro destino, nadie sabe dónde está el planeta del que procedéis.

Nadie entiende cómo sobrevivís ni cómo vuestra cosmonave Espuma resiste medidas de tiempo tan largas como pueden ser las necesarias para que una civilización pase de la edad de piedra a la tecnología espacial.

—Sí, somos un misterio, pero desvelarlo significa desnudarnos ante los posibles enemigos. No podemos ofrecer imagen de debilidad, seríamos atacadas inmediatamente. Hay muchos depredadores espaciales en la galaxia, cada aventurero es un cazador nato.

—¿Cazador?

—Sí, de fortuna, de animales extraños, de mujeres, porque nos

consideráis más débiles.

—Eso no es cierto.

—Lo es, pero nosotras sabemos protegernos. Tú, con las armas de la seducción, has ido ya muy lejos. Eres el varón cazador de hembras, no puedes remediarlo, lo llevas en la sangre.

—No ha sido mi intención seducirte para poseerte y dominarte así. Te vi danzar en medio del fuego y desde aquel momento, enloquecí por ti. Estoy enamorado hasta el punto de que como no puedes ser mi compañera, ya no me importa morir. No voy a luchar por las riquezas, ya no me importan nada, y tampoco me importa ser desintegrado, convertirme en plasma cósmico. Sólo me importas tú y lucharé para traer te esa piedra que tanto te importa, pero sólo la traeré para que tú seas feliz, porque si tú eres feliz, lo seré yo también.

—Tienes una forma de hablar que envenena y debilita mi mente. Eres más peligroso para mí que pueda serlo Shadowman o Phasis atacándome con sus armas.

—No temas, no te atacaré, no seré esa bestia que piensas que soy, esa bestia que sólo se mueve por impulsos sexuales y viscerales, una bestia salvaje sin evolucionar. Puedes opinar que los terrícolas somos una civilización inferior, pero estás equivocada; todas las civilizaciones, cuando alcanzan el cénit de la conquista espacial, cuando nos movemos por los espacios interestelares a velocidades más o menos semejantes, nos igualamos. Vosotras quizá alcanzasteis esta conquista del cosmos cuando en mi planeta mis antepasados todavía se colgaban de los árboles como primates omnívoros. Pero, esa diferencia que hubo hace milenios, ya no existe, ahora somos iguales. Tú eres una mujer y yo un hombre, y nuestros cuerpos se complementan. Nosotros los terrícolas no tenemos ningún deseo de olvidar nuestros instintos ni sentimientos. No queremos convertir el amor en algo tan frío y aséptico que sólo sirva para la procreación; y por si fuera poco, la procreación por inseminación artificial institucionalizada…

—No sigas, ya te he dicho que hablas con palabras que envenenan mi mente, palabras que despiertan sentimientos atávicos, sentimientos condenados a desaparecer en la oscuridad del olvido. Lo siento, Raig, lo siento, pero no podemos compartir esos sentimientos, hay un abismo entre ambos.

—Sí —dijo, molesto—, tú te consideras por encima de los demás seres humanos de la galaxia. Hubiera sido más hermoso que nos conociéramos en cualquier selva virgen, tú y yo solos, sin las ataduras del pasado de cada uno. Pero eso es sólo un sueño, yo soy un aventurero sin fortuna y tú eres la dirigente de una magnífica cosmonave que representa a toda una civilización de hermosas mujeres capaces de danzar en medio del fuego sin quemarse.

—Esa danza que tú viste y que no debiste presenciar, esa danza que tanto te impresionó, es una ceremonia ritual. El fuego no es real.

—¿Ah, no? Yo lo vi.

—Tú viste una proyección holográfica del fuego sobre mí y alrededor de mí. Si hubiera sido fuego real, me habría quemado como también te quemarías tú. Ahora, será mejor que nos separemos. Te deseo suerte, Raig, pero si no quieres descender al planeta Pirois en busca de la piedra, no te lo reprocharé.

—No temas, bajaré a ese planeta para enfrentarme a Urdung y te traeré la piedra, la maldita piedra.

Dio media vuelta y se alejó de ella.

CAPITULO X

La cosmonave Espuma se situó en una lejana órbita del Pirois. Todo estaba controlado; a la vista tenían la estrella sol Nepheles y también las lunas del planeta.

Había llegado el momento de que los tres aventureros entraron en acción.

Las cosmonaves de combate ya habían sido puestas a punto y el hangar grande, despresurizado. Phasis, Shadowman y Raig se hallaban ya a bordo de sus respectivos vehículos.

Cada uno de ellos había decidido actuar por su cuenta. Ello entrañaba el riesgo de que se pudiera estorbar mutuamente. pero también tenía la ventaja de poder sorprender mejor al enigmático Urdung.

Cada aventurero del espacio actuaría según su propio instinto, y los tres pensaban de distinta manera, por lo que cabía suponer que también lucharían de manera diferente.

—Atención —pidió la propia Maragda apareciendo en las pantallas —. Vamos a abrir las compuertas, suerte. La Espuma estará aguardando vuestro regreso con las compuertas abiertas. Cualquier problema que tengáis deberéis resolverlo por vosotros mismos, ya lo sabéis; no vais a recibir ningún tipo de ayuda.

El primero en saltar al espacio abandonando la gigantesca cosmonave fue Phasis con sus siete robots enanos. Después, fue Shadowman. que lo hizo haciendo sonar sus carcajadas por la telecomunicación.

Con su minúscula Galactic-kart. Raig fue el último en abandonar el hangar. Vio las estrellas frente a sí y describió un giro de noventa grados para dirigirse hacia Pirois sin buscar a sus compañeros, a los que estaba seguro de volver a ver sobre la superficie del planeta.

Los tres habían recibido suficiente información como para planear una aproximación adecuada sin ser descubiertos.

Raig decidió descender sobre el planeta Pirois por la cara opuesta a aquella en que se hallaba la morada del llamado dios Urdung.

Descendió casi sobre un océano y a escasa altura comenzó a devorar kilómetros. Era de día. pero pronto encontraría la noche.

Buscó el estuario de un gran río y entró por él volando sobre sus aguas a muy baja altura.

Había estado observando previamente el mapa geológico y político de aquel planeta desconocido para él. Las ciudades de los seres de Pirois no le interesaban, nada podía hacer en ellas, y tampoco le convenía que le descubrieran y se diera la alarma general.

Siguió el curso del río pese a saber que en sus orillas se levantaban tres ciudades importantes.

Se encontró frente a varios puentes metálicos y pasó por debajo de los mismos. Su cosmonave, por ser pequeña y muy rápida, no habría de llamar mucho la atención.

Se encontró frente a una cadena de altas montañas cubiertas de nieves eternas, montañas azotadas por fuertes vientos. Las rebasó con facilidad, aun a sabiendas de que si tenía avería en aquel lugar, iba a ser muy difícil que le rescataran.

Cruzó un gran lago que más parecía un pequeño mar y se adentró por una gran llanura donde en cientos y cientos de kilómetros no había más que pequeños matojos.

Al fin, llegó al lago Rojo.

Sabía que en la otra orilla del mismo, donde la hierba crecía en vastas extensiones, estaba la morada del dios Urdung. Al otro lado de la llanura que quedaba cortada por un abismo, nacía una amplia escalinata excavada en roca viva que descendía al valle, y más abajo estaba la ciudad más grande del planeta Pirois.

Al fin había llegado a la morada del pseudodios Urdung, el ser que dominaba a los habitantes de aquel planeta utilizando el terror para conseguir su total y absoluta sumisión.

Detuvo su Galactic-kart y la dejó medio oculto en un desnivel del terreno que debía de servir como desagüe natural en las tormentas que se abatieron sobre aquel lugar.

Tomó su fusil polielectrónico y, siendo ya de noche, se orientó observando las estrellas, cuya posición en el firmamento había estudiado bien para saber cómo tenía que verlas desde aquel lugar. Echó a andar.

No muy lejos y a cierta altura, vio un punto luminoso. Dedujo que tenía que ser la cosmonave de alguno de sus compañeros de aventura.

Había esperado ver algo monumental, una especie de santuario ciclópeo o faraónico, pero allí no se veía nada, absolutamente nada.

Caminando, tenía más de dos horas hasta llegar al borde del abismo desde el que se dominaba el valle y la gran ciudad. Esperaba no ser detectado.

Un fuerte viento frío le azotaba, pero le llegaba de espaldas y no le impedía avanzar, sino todo lo contrario.

No quiso telecomunicarse con sus compañeros y tampoco con Maragda. Hubiera podido hacerlo y ella le habría dicho en qué puntos iba a encontrar entradas al subsuelo, pero existía la posibilidad de que las telecomunicaciones fueran interceptadas por Urdung o los seres que le sirvieran.

Al fin, descubrió una de las entradas y preparó su fusil polielectrónico.

Moviéndose de forma que pudiera pasar inadvertido, pegándose a una pared del agujero, comenzó a adentrarse en él. Se encontró con un enrejado a través del cual se filtraba el fuerte viento helado.

Aquel grueso enrejado debía impedir que nadie penetrara por allí, pero sí el viento que aireaba el subsuelo.

Preparó su fusil e hizo unos cortos disparos fundentes contra puntos determinados de la reja. Le dio una patada y parte de ella cayó al suelo, dejando un hueco por el que el terrícola pasó con facilidad.

Siguió internándose con cierta tranquilidad, pues la galería parecía tan sólo de aireación y descendía en rampa muy inclinada.

Era imposible saber a dónde iba a conducirle aquella galería en la que no había nada. Techo, paredes y suelo, estaban completamente lisos.

De pronto, encontró el suelo abierto como si fuera una zanja que lo cruzase.

Al escrutar el fondo gracias a la luz que llevaba consigo, observó que lo que parecía una zanja era como un pozo insondable que debía servir para desaguar el agua que pudiera entrar por la galería durante las tormentas.

La zanja se abría de lado a lado y las paredes eran tan lisas que no permitían ningún agarradero.

Aquella zanja de unos tres metros de anchura parecía insalvable. Lamentó no haberse llevado un autocohete para poder desplazarse por el aire. Observó atentamente la zanja y aumentó el poder de su linterna girando el foco. Retrocedió, tomó carrera y se lanzó, con gran riesgo de caer al abismo y desaparecer en él.

Por pocos centímetros, logró salvar el obstáculo que parecía destinado a engullirle.

Prosiguió su avance por un túnel, siempre pendiente abajo como si fuera a buscar las entrañas del desconocido planeta.

Llegó frente a otro enrejado: en esta ocasión era más tupido y se podía caminar por encima del mismo, pues estaba en el suelo tapando un hueco y el túnel proseguía.

Raig se puso a la escucha.

Captó voces que hablaban en un idioma desconocido. Se arrodilló y se pegó al enrejado. Estuvo observando y pudo ver que por debajo de él pasaban unos seres uniformados.

Aguardó hasta que las voces dejaron de oírse y entonces empleó su fusil para cortar el enrejado. Lo hizo con sumo cuidado para poder dejar la reja de nuevo en su lugar.

Logró hacer un hueco por el que se filtró, y dejó sobre él la reja puesta, aunque no demasiado correctamente. Después, se dejó caer al túnel que cruzaba por debajo del que había estado siguiendo él.

Ya en el nuevo túnel, miró hacia arriba y le pareció que tenían que

mirar mucho para descubrir el corte.

En aquel momento, no sabía qué dirección tomar.

Se dejó llevar por su instinto y tomó la dirección opuesta a la que siguieron los seres uniformados.

Sabía que si se encontraba con alguien de frente, no podría huir. El túnel de paredes lisas estaba bien iluminado, pero no tenía escapatoria.

Llegó a un cruce, otra galería quedaba a su alcance. El subsuelo de la morada del dios Urdung se estaba convirtiendo en un laberinto sin salida.

Escuchó un rumor que se acercaba; era como el ruido de un vehículo desplazándose. Se pegó a una de las paredes y cuando apareció el vehículo que se movía sobre ruedas, por lo que cabía deducir que era muy primitivo. Raig saltó delante de él y apuntó con su arma, esperando que el ser que conducía entendiera el significado de su actitud.

El vehículo, más bien pequeño y de dos plazas, se detuvo.

Raig se acercó a una de las portezuelas, la abrió y se metió dentro, sentándose al lado del conductor. Era éste un ser parecido a él pero con unos ojos extraordinariamente grandes. Entre ambos ojos ocupaban más de la mitad del rostro.

—Ponte en marcha —le ordenó, tajante.

El ser de Pirois le miró entre incrédulo y temeroso. Sin duda para él constituía una terrible sorpresa encontrarse asaltado de pronto por un humano diferente a él.

—Vamos, hijo de perra, adelante —gruñó entre dientes, empujándole con la punta del fusil, pero aquel ser no entendía nada de lo que Raig decía, y éste optó por apuntar hacia el techo, ya que el vehículo no tenía ni parabrisas y era totalmente descapotable.

Hizo un disparo y parte del techo se vino abajo. Después, apuntó a la cabeza de aquel ser.

—¿Comprendes ahora. Ojitos, lo que te va a pasar si no mueves este condenado cacharro?

Debió de ser muy explícita la acción del terrícola, porque aquel ser puso el vehículo en marcha, acelerando.

—Y ahora, ¿adónde me llevará este Ojitos hijo de su madre?

Se estaba arriesgando mucho, pero no tenía otra solución.

El vehículo arribó a una gran sala donde había otros vehículos y muchos seres.

—Me he metido en el avispero —gruñó.

Empujó a aquel ser fuera del vehículo y se hizo cargo de los mandos que. por su preparación como cosmonauta resultaban sumamente sencillos.

El vehículo era del tipo movido por motor eléctrico y éste

alimentado por batería.

Aquellos seres eran vigilantes y estaban armados. Comenzaron las voces por parte del que se había quedado sin vehículo.

Escogiendo al azar una de las galerías, pues en aquel laberinto era fácil perderse. Raig inició la fuga y comenzaron a hacer disparos en contra suya.

El vehículo recibió tres impactos. Raig masculló:

—Esos condenados Ojitos tiran a dar...

Comenzaron a oírse extraños zumbidos que podían ser sirenas de alarma. Raig supo que le seguían varios vehículos y no era bueno que le persiguieran.

Apoyó el arma contra su hombro, apuntando hacia el techo y hacia atrás (previamente la había graduado a potencia media) y oprimió el botón de disparo.

Los disparos fragmentaron el techo produciendo un derrumbe y el vehículo que rodaba a gran velocidad en persecución del intruso que era Raig, se estrelló contra la masa de piedras y tierras que cortaron el túnel, impidiéndoles el paso.

Estaba cortando el camino a sus perseguidores, pero lo que estaba haciendo era equivalente a un suicidio, porque él mismo se cerraba los caminos de huida. ¿Por dónde escaparía? Aquel inmenso laberinto debía tener otras salidas, pero quizá no las encontrase jamás.

Le dio toda la velocidad a aquel primitivo vehículo y le pareció que iba a paso de tortuga por los larguísimos túneles donde sonaban los zumbidos de alarma. La morada del dios Urdung acababa de ser violada por un extraño, un alienígena al planeta Pirois.

Pasó por otros cruces de galerías y aparecieron más vehículos disparando sus armas. Repitió la acción de disparar a los techos provocando nuevos derrumbamientos que cegaran los túneles impidiendo la persecución. Tras de sí dejaba cascotes en abundancia, humo, polvaredas.... era un rodar quizá hacia la muerte.

«¿Dónde estarán Phasis y Shadowman?», se preguntó mientras aceleraba a tope y se maldecía por no haber penetrado en aquel laberinto de galerías con su propio Galactic-kart; pero, ya no podía volverse atrás, se hallaba metido en un mundo desconocido del que no sabía si iba a salir.

De pronto, en su mente apareció la imagen que amaba, el rostro que le enloquecía.

— ¡Maragda. Maragda! ¡Maragdaaaa! —gritó a pleno pulmón.

Y su voz se expandió por los túneles como un grito de guerra que habría de penetrar en el cuerpo del dios Urdung como si fuera un acerado puñal al rojo vivo.

CAPITULO XI

Shadowman había descendido con su cosmonave de combate por la pared del abismo hasta colocarse frente a una de las salidas de la galería que quedaba inaccesible a mitad de la pared.

Suspendido en el aire, disparó contra la boca de la galería, provocando grandes derrumbes de rocas que cayeron al vacío.

Cuando hubo agrandado suficientemente la entrada de la galería, metió su cosmonave por el gran hueco de la pared. Riéndose disparó un misil autodirigido que partió veloz, desplazándose a tres palmos del suelo y manteniendo la distancia entre las paredes del túnel, en busca de algún objetivo, hasta que encontró una gran compuerta de acero que parecía indestructible.

El túnel era demasiado estrecho para poder seguir circulando por él con su cosmonave, pero podía dejarla allí y así lo hizo. Se protegió la cabeza con el yelmo de combate. Empuñó dos fusiles de alta potencia con dos de sus manos mientras tenía otras dos manos libres, y comenzó a avanzar.

Pudo oír los zumbidos de alarma. Frente a él aparecieron varios vehículos con vigilantes armados. Shadowman era un luchador nato al que no importaba quien cayera bajo el fuego de sus armas. Para él, disparar sobre seres humanos era lo mismo que cazar fieras, y bajo ese instinto de disparar y matar, comenzó a vomitar el fuego de sus armas.

El misil había fundido la puerta de acero, y el fuego de Shadowman fundía el cuerpo de los vigilantes. Siguió avanzando.

Entretanto Phasis, también ansioso por hacerse con la piedra que luego podría proporcionarle recompensas, escogió la entrada principal de la morada del dios Urdung.

Se situó frente a la gran escalinata, se adentró con su cosmonave por la enorme galería de los ceremoniales. Cabía, justo, pero cabía.

Llegó a una amplísima sala de recepciones que brillaba por todas partes. Había muchas luces. Su irrupción provocó la aparición de varios vehículos que se deslizaron por el suelo de granito pulido.

Reaccionó con rapidez, no dio tregua a nadie. Sabía que debía tomar la piedra a la fuerza y no había negociaciones que llevar a cabo.

Disparó sus armas múltiples desde la cosmonave contra todos los vehículos rodantes que detectó y convirtió en cenizas a todos los seres vivos que se pusieron a su alcance. No tuvieron tiempo de huir, Phasis los barrió con el fuego de sus disparos, disparos que por brevísimo espacio de tiempo alcanzaban la temperatura de más de un millón de

grados; así la incineración era inmediata.

—Ahora hay que seguir a pie —dijo, y los siete robots enanos saltaron de la cosmonave. Aquellos pequeños robots que se movían sobre cuatro patas articuladas parecían inofensivos, pero estaban muy lejos de serlo.

Phasis escogió la galería principal por la que ya no cabía la cosmonave y rodeado de sus siete robots, inició el avance cuando aparecieron dos vehículos repletos de vigilantes armados.

Los canoides, ya programados para el combate, comenzaron a disparar por sus ojos rojos, ojos que semejaban inyectados en sangre.

La morada del dios Urdung fue atacada por tres puntos distintos, Phasis, con sus siete robots enanos, avanzó dejando cenizas tras de sí.

Shadowman, protegido su cuerpo contra las balas de los vigilantes y empleando al mismo tiempo fusiles de gran potencia. se abrió paso con facilidad.

Cuando Shadowman penetró en el templo ubicado en las entrañas de la montaña, se dio cuenta de la inmensidad de aquel lugar. El techo era alto y su base amplísima. Unas escalinatas conducían al sitial del dios Urdung que se hallaba sentado en un trono, como esperándoles.

El llamado dios Urdung era un gigante de unos siete metros de altura, quizá más. Vestía una malla metálica que brillaba como el oro.

—Bienvenidos a mi morada —dijo con una voz potentísima.

Cubría gran parte de su rostro con un yelmo gris en el que se engarzaban refulgentes gemas. Aquel ser no era de la misma especie que los hijos del planeta Pirois. Aparte su gigantismo, sus ojos eran iguales y tampoco su desmesurada boca.

Shadowman y Phasis se miraron, habían coincidido casi al mismo tiempo en aquella sala del templo.

Shadowman alzó su voz para decir:

—Hemos venido a recuperar la piedra de Maragda. Dámela y no te haremos ningún daño.

Se abrió parte del techo y, ante los ojos expectantes y atónitos de los aventureros, cayó la fabulosa piedra desde lo alto. Quedó entre las manos del dios gigante que impidió que cayera al suelo.

—Si Maragda la quiere, que venga ella a buscarla.

—Hemos venido nosotros a por ella —replicó Shadowman.

—En ese caso, habéis venido a morir por ella.

—Antes de mataré yo a ti —replicó Shadowman. disparando sus armas contra la cabeza del gigante Urdung.

Los disparos se expandieron como si los recibiera un brillante perfectamente tallado, Urdung no sufrió el menor daño.

—Estúpidos —escupió el dios.

Extendió una de sus manos mientras con la otra sostenía la

gigantesca esmeralda, y disparó unas radiaciones que alcanzaron a Shadowman primero y a Phasis después.

Shadowman quedó petrificado, como convertido en una estatua, y lo mismo le ocurrió a Phasis.

Los robots enanos arremetieron contra el gran dios Urdung disparando sus rayos incinerantes. Este replicó enviándoles a su vez los rayos que brotaban por las puntas de sus dedos, pero no parecían hacer mella en los canoides. que se movían con gran rapidez.

El gigante Urdung, que no podía destruir a los canoides como había hecho con los seres orgánicos porque aquéllos rechazaban sus rayos, y no les producía el efecto de la petrificación, terminó por levantarse de su trono y avanzó pesadamente para contraatacar.

Los robots enanos disparaban los rayos que brotaban de sus ojos, tratando de destruir al gigante que había petrificado a Phasis.

Urdung, que llevaba consigo la fabulosa esmeralda que parecía tener algo encerrado, levantó uno de sus pies y al bajarlo con rapidez logró aplastar a uno de los canoides, lo que le hizo reír. Después, fue otro de los canoides el que quedó aplastado en la singular batalla.

Aparecieron vehículos de vigilantes que se mantuvieron a distancia.

En el templo apareció también Raig, que desde lejos había observado lo que ocurría, dándose cuenta de que el gigante era invulnerable a los disparos.

Apuntó a la mismísima piedra y ocurrió lo inesperado pero que Raig había intuido. Allí estaba el secreto de todo...

Trataban de respetar la piedra disparando contra el gigante que era invulnerable a los impactos, pero la gran gema, al recibir los rayos del fusil, se iluminó, envolviendo al gigante con su luz, una luz cegadora pero que también elevaba la temperatura a unos niveles insoportables.

—¡ Aaaaah!

El rugido del gigante cesó muy pronto.

Mientras se derrumbaba pesada y ruidosamente, se partió en pedazos, fragmentándose. Y de su interior comenzaron a asomar cables y múltiples mecanismos que se carbonizaban entre chisporroteos y un humo denso.

—Un androide gigante —gruñó Raig mientras veía cómo los canoides disparaban ahora sus rayos contra las aberturas del cuerpo del gigante, requemándolo.

La cabeza de Urdung se abrió y de su interior escapó algo viscoso y cambiante de forma que despedía una luz propia de color verdoso. Aquello que repugnaba podía recordar a una gran esponja.

—De modo que eres un ser débil que se vistió de gigante invulnerable e indestructible para someter a toda una civilización

planetaria —concluyó Raig.

Hizo un breve disparo sobre aquella masa verdosa que había escapado de la cabeza del falso gigante que supo proclamarse dios para someter a los seres de un planeta.

—Aaaaaaag —consiguió rugir el extraño ser que no se sabía de qué lugar del cosmos había llegado. Después, se fundió y la forma viscosa comenzó a arder.

Aquella piedra que había conseguido multiplicar la energía disparada estaba en el suelo y, entonces. Raig descubrió que dentro de ella aparecía como un rostro cubierto por las gafas máscara.

—Maragda —exclamó, sorprendido.

Volvió la cabeza despacio y observó a los vigilantes armados, pareció interrogarles con la mirada y todos ellos fueron dejando caer sus armas. Su dios había caído, destruido por el terrícola.

Raig miró a Phasis y a Shadowman; ya nada se podía hacer por ellos.

Los robots enanos, descontrolados, seguían haciendo disparos contra el interior del fragmento cuerpo del falso gigante.

Raig los dejó allí.

Tomó la pesada piedra y la introdujo en el vehículo eléctrico que arrebató a los Ojitos. Se puso a los mandos del mismo e inició la marcha por la salida principal.

Los vigilantes en silencio se hicieron a un lado para dejarle pasar, Se habían quedado sin su dios y ahora eran libres.

Nadie le cortó el camino hacia la salida.

Aquel pueblo aceptó la muerte de su dios; para los habitantes de Pirois comenzaba una nueva era, la era de la auténtica evolución. El despótico ser que les sometiera, había desaparecido al fin.

Sin lamentar nada de lo que había ocurrido, Raig salió de las entrañas de la morada que se fabricara el falso dios Urdung.

Cuando estuvo bajo las estrellas, continuó huyendo con el vehículo eléctrico en busca de su minúscula Galactic-kart que no tardó en encontrar gracias al detector que llevaba consigo.

Abrió la carlinga, metió la gran esmeralda y luego se introdujo como pudo en el pequeño habitáculo, dejando la fabulosa piedra entre sus piernas.

Cerró el kart y lo puso en marcha apenas sin poder moverse. Consiguió despegar y ya en el aire, pudo ver cómo toda la ciudad se llenaba de luces. La noticia debía conocerse ya, y no tardarían en comenzar a celebrar su libertad. Las cadenas que les impusiera su dios habían sido rotas para siempre.

Cruzó la gaseoesfera y prosiguió en busca de la cosmonave Espuma.

—Atención, atención, soy Raig. Regreso, traigo conmigo la piedra.

En la pantallita apareció Maragda. que le preguntó:

—¿Y Shadowman y Phasis?

—Han muerto, y también el dios Urdung, el gigantesco Urdung ha sido aniquilado. Todo ha terminado ahí abajo. Los seres de Pirois empezarán una nueva vida y confío en que les irá mejor.

—Te, felicito, terrícola, estaba segura de que serías tú quien la consiguiera.

Raig prosiguió su acercamiento a la Espuma hasta que se situó en la plataforma que le permitió el acceso al hangar. Se cerraron las compuertas y el hangar se llenó con la atmósfera artificial.

Salió del Galactic-kart y. cargado con la piedra, se internó en la cosmonave.

Apareció una escolta de vigilantes hijas de Xiridiana que no le dijeron nada y él se limitó a seguirlas. Le condujeron directamente a la sala de mando cuyo trono solía ocupar Maragda, y allí estaba para recibirle.

—Aquí está la gran piedra con la máscara dentro. Supongo que es muy importante para vosotras.

—Lo es —dijo Maragda—. Esta piedra, aunque tú no lo puedas comprender, contiene la esencia, el espíritu de la civilización de Xiridiana, y no podíamos regresar a nuestro mundo sin ella. —Se levantó y le pidió a Raig—: Sígueme, terrícola.

Se franqueó una puerta automáticamente a su paso y Raig no tardó en comprobar que penetraban en la sala de los ceremoniales. En el suelo estaba el ojo vigilante sobre el que viera danzar a Maragda.

Esta señaló la pared llena de gemas y le pidió:

—Colócala en el lugar de donde jamás debió ser arrancada.

Raig avanzó hasta la pared y colocó la piedra en el hueco correspondiente. De inmediato, se iluminó con luz propia y la máscara encerrada en su interior cobró vida.

—Ha llegado la hora del regreso —anunció la máscara, cuya voz se pudo oír con claridad.

Raig intuyó que aquella piedra actuaba como un extraño receptor de televisión.

—Ahora serás premiado, recompensado por tu bravura y eficacia, terrícola.

—No me importa no recibir nada —replicó casi con desprecio.

—Es mejor que aceptes algo de lo que te ofrecen, nos va a hacer falta —le dijo una voz a su espalda.

Raig se volvió y quedó perplejo al descubrir a la bellísima mujer.

—Maragda…

Sorprendido, dio otra media vuelta hacia la Maragda oficial que vestía el manto rojo oscuro y cubría su rostro con las gafas-máscara que poseían el poder de matar.

—Una Maragda sucede a otra, por eso Maragda es inmortal. Cuando nos debilitamos, otra hermana ocupa el puesto de mando de sacerdotisa suprema. Tu amor, terrícola, me ha debilitado y ha llegado el momento de que otra ocupe mi lugar.

Raig se acercó a la Maragda de rostro descubierto y la abrazó, besándola después.

—Siento que hayas perdido tu puesto supremo, pero celebro que decidas unirte a mí. Te prometo. Maragda, porque para mí siempre serás Maragda, que lucharé para que seas feliz y nunca lamentes haber abandonado a tus hermanas.

—Creo en tus palabras, Raig.

Tomándolo de la mano, se lo llevó al jardín del lago donde unas diminutas sirenas cantaban alegres, ignorantes de cuanto había ocurrido, y no tardarían en ser testigos de la pasión, del amor profundo y sincero entre Raig y Maragda.

FIN